Julia Coria

TODO NOS SALE BIEN

Odelia
EDITORA

Table of Contents

Paginación equivalente a la edición en papel (ISBN# 978-987-783-828-2)

TODO
NOS
SALE
RIEN

Coria, Julia

Todo nos sale bien / Julia Coria. -1a ed. revisada -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Libro digital, EPUB - (Avalancha)

ISBN 978-987-86-4471-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.

CDD A863

ODELIA EDITORA

odeliaeditora.com

facebook.com/odeliaeditora

odeliaeditora@gmail.com

Tipografías: © Bebas Neue, © Rockwell

Foto de autor: PH Jazmín Teijeiro

Este libro cumple con la especificación

EPUB Accessibility 1.0

y alcanza el estándar

WCAG 2.0

Level AA.

TODO NOS SALE

Julia Coria

COLECCIÓN AVALANCHA

Odelia

EDITOR

Todo nos sale bien está dedicado,

con amor y gratitud, a sus personajes.

Agradezco además a Diego Paszkowski

y a Tomás Wortley.

Y a Utje.

El destino hace fuego con la leña que hay.

Alessandro Baricco

Es mi pingüino

En 2015, en Santa Marta, Colombia, le compramos a Cuca un pingüino de hule con el que ella y Fidel jugaban en el mar. Lo llamaron Pantriste, en honor al personaje de los cuentos que Fabi les contaba de chiquitos, antes de dormir.

Una tarde Fidel estaba con Pantriste en el agua cuando se le soltó la cuerdita de la que lo sujetaba y una brisa lo empujó. Intentó recuperarlo, y hasta los otros tres que estábamos en la arena nos metimos al agua, pero fue imposible. Así, Pantriste concretaba el sueño de todos los pingüinos del mundo al volar al ras de la superficie del agua.

En pocos segundos ya estaba mar adentro, y vimos cómo un pequeño barco que solía navegar el horizonte lo recuperaba. Después fue acercándose a la orilla, muy lejos de donde estábamos nosotros. Mis hijos lloraban, y entonces comprendí que había entrenado toda mi vida para salvar a ese pingüino.

Empecé a correr, de fondo la música de Carrozas de fuego, los brazos en alto como quien ve pasar el helicóptero que lo rescatará de una isla desierta. Yo, que soy lenta, corrí rápido, corrí mucho, hasta llegar al muellecito en el que el barco atracó. Apenas podía respirar cuando un nene salido de la nada se interpuso entre el barco y yo:

—Son 10 dólares —dijo.

Yo estaba en bikini, transpirada, muy lejos de la sombrilla donde había dejado mi bolso —y además Pantriste nos había costado la mitad. Miré al chico sin rencor pero con determinación asesina al decir:

—Es mi pingüino.

Tras lo cual él se metió en el barco y dijo: Papá, aquí está la dueña.

Volví al trote con Pantriste en andas, y Fabi, Cuca y Fidel me vivaron al grito de ¡Ma-má! ¡Ma-má! Y nos sacamos fotos, y ahí mismo, en la

playa, supe que ese momento iba a ser uno de los mejores recuerdos de mi vida.

Amatrice

En Italia hay un pueblo medieval llamado Amatrice. C'é: hay. Estudio italiano, terzo livelo, porque hace dos años cumplí cuarenta y mi regalo de cambio de década iba a ser un viaje a Italia. Supongo que si uno se va de viaje se va de viaje y ya, pero yo, si voy a Italia, estudio italiano.

Como odio el frío, el viaje estaba programado para el verano europeo del año siguiente, pero pasó ese verano europeo, y el criollo, y un año y medio más sin que pudiéramos cruzar el océano. No compramos los pasajes, no contratamos hoteles, nunca llegamos a elegir las ciudades que formarían el itinerario de aquel viaje que ahora forma parte de il sacco di cose que al fin no hicimos, y que abarcan algunas cosas esperadas y monumentales, como ese viaje y otros, pero también trabajar por la mañana, cenar el viernes en un restaurante peruano, disputarnos la tarea de forrar los cuadernos al inicio del año escolar.

Hace dos años (due anni fa) hubo un terremoto en Italia, y Amatrice quedó en ruinas. Puede parecer un desastre natural pero no. Fue personal: mi terremoto. Il mio.

Porque aquello del efecto mariposa debe tener algo de asidero, la parcela de superficie de la Tierra sobre la que se erigía el pueblo se sacudió de tal forma que casi todo lo que posaba en ella, y que durante más de quince siglos había resistido lo que fuese, se derrumbó dócilmente, como basta un soplido para hacer caer un castillo de naipes.

Las calles, los edificios, incluso la gente; pero más que nada la historia: el pavor de que la historia ya no tenga un sustento físico más allá de las fotos, de que su nuevo soporte sea el recuerdo y de que se acabe, porque la historia de Amatrice solo puede tener sede en el pueblo y para eso Amatrice tiene que existir.

Naufragio

Poco antes del terremoto, una mañana cualquiera, ninguna en particular, un turno en una mañana cualquiera, sentada en una sala de espera que más tarde frecuentaría casi a diario, llegué a Italia por asociación libre: pasó una mujer con un vestido azul soñado y pensé en que yo aún no había elegido el que usaría para mi fiesta de cuarenta, evento que me parecía cercano aunque en realidad faltaban seis meses, los seis meses más largos del mundo, la mitad del eterno año que faltaba para el viaje a Italia que al final nunca ocurrió.

Cuando nos hicieron pasar, el médico al que le tocó informarnos que mi marido tenía cáncer lo hizo con pesar, un poco porque una noticia así no puede darse de otro modo, pero me pareció que además había registrado las dimensiones de nuestro amor, lo que empeoraba la noticia que alguien, por caso él, debía darnos.

Esto no es bueno.

El pobre no quería decir las peores palabras, y tuve que repreguntar para que dijera cáncer. Cáncer de esófago.

La barca que nos llevaría de una orilla a otra en el Lago de Como impactó de pronto contra una piedra bajo la superficie, y el casco se quebró definitivamente. De pronto nos helábamos los pies con el agua que se filtró demasiado rápido, y no sabíamos nadar, y estábamos muy lejos de la costa.

Todas las palabras

Conocí a Fabián en la mitad de mi vida, en el inicio de la adultez. Me enamoré de él apenas lo conocí, lo conquisté con el ímpetu que solo puede tenerse a los veinte años, lo mantuve junto a mí con la determinación de quien sabe lo que significa perderlo todo y lo amé sostenidamente incluso en momentos en que cualquier persona normal lo hubiese odiado. En pocas cosas soy tan aplicada como en el amor.

Yo atesoraba incontables ilusiones para nuestra larguísima vida juntos, apegada a una concepción romántica del matrimonio que por lo demás era el eje de mi existencia. Si me hubieran preguntado cómo imaginaba nuestro final habría pensado en alguna escena de la vejez. Nuestra relación vertebraba todo lo demás, en un sentido cuasi estereotipado que podría indignar a más de uno pero que a mí sencillamente me encantaba.

En la vida real, aquí y ahora, o allí y entonces, yo había leído los resultados de los estudios cinco días antes de la cita con aquel médico, mientras Fabián estaba de viaje. Al leer adenocarcinoma de esófago me senté en un banco del sanatorio a googlear esa palabra con la que me topaba por primera vez en la vida. Google dijo: Adenocarcinoma = cáncer.

Los siguientes cuatro días me mantuve en la estratósfera, actuando como si nada y aferrada a la creencia de que casi todo lo que circula en internet es falso, hasta que con Fabián ya de vuelta llegamos a aquella cita con el doctor. Negar la palabra del médico, lo que decía mirándonos a los ojos, lo que era tan claro que no hubiese querido decir, era mucho más difícil.

Trópico

Fidel, cuando estaba en cuarto grado, llegó un día con la noticia de que le tomarían una prueba sobre continentes, océanos, paralelos. Le imprimí varios planisferios en blanco y negro, en los que él trazó, para practicar, coloridas líneas y colocó prolijamente los nombres de aquellas convenciones geográficas. Cuando anunció que había terminado, fui revisándolos y noté que en todos los mapas faltaba algo; se lo dije:

—Ya sé —me respondió—. Es el Trópico de Cáncer, pero me parece de muy mal gusto hablar de cáncer delante de Manu.

Manuel era uno de sus compañeros de clase, y la mamá acababa de morir de un cáncer que la había hostigado durante muchos años. No pude convencer a Fidel de que incluyera ese trópico en el mapa.

Por entonces faltaban apenas semanas para que el terremoto en Amatrice derrumbara mi propio castillo de naipes.

Dos dragones

Como cumplo años en diciembre, algún amigo me regala siempre un libro de predicciones para el año que empieza. El hábito nació como una gracia, pero dado que en ocasiones el nivel de acierto fue casi exacto mi regalo de cumpleaños no tardó en volverse material de consulta de familiares y amigos.

Como Fabián y yo nos llevábamos trece años, según el horóscopo chino nacimos bajo la misma ascendencia astral: dos dragones. El dragón es el ser más evolucionado de ese elenco de animales, y el año del naufragio estaba augurado para nosotros como un año perfecto.

Perfecto es una palabra sin ambigüedades, por lo que al saber de la enfermedad no pude evitar sentirme estafada.

Mi amiga Inés me contó de cuando, años antes, a su cuñado le habían diagnosticado un cáncer de pulmón. Le dijeron que tenía tres semanas de vida, y al final vivió casi un año. Justo en medio de ese período fue el episodio del tsunami en Japón: un montón de gente que tendría planes para una larga vida, para el invierno siguiente, para esa misma noche, murió de repente debajo de aquella ola descomunal. Nadie los había prevenido. No habían siquiera llegado a pensar en la palabra naufragio.

Supongo que Inés me lo contó como si dijera: todos vamos a morir, y a fin de cuentas nadie sabe cómo ni cuándo.

En esos días llegó a mis manos Arenas movedizas, de Mankel, cuya dedicatoria dice así:

(…)

Este libro está dedicado, además, a la memoria del panadero Terentius Neo y su mujer, cuyo nombre no conocemos. En un fresco de su casa de Pompeya pueden verse sus caras.

Dos seres humanos en la plenitud de la vida. Se los ve serios y al mismo tiempo, soñadores. Ella es muy hermosa, pero reservada. Él también da una impresión de timidez.

Dos personas que parecen tomarse su vida muy en serio.

Cuando los sorprendió la erupción del volcán en el año 79, seguramente no tuvieron mucho tiempo para comprender qué estaba ocurriendo. Murieron allí, en la plenitud de sus vidas, sepultados en cenizas y lava ardiente.

Nosotros, en cambio, tuvimos veinte meses. En todo ese tiempo, de nuestro proverbial fuego de dragones solo quedaron brasas, una tibieza acotada que bastaba apenas para sobrevivir, pero en la que nosotros nos dedicamos a buscar el calor para sanarnos.

Algo de sexo

Más o menos al mes de que conocimos el diagnóstico, una noche, Fabián comenzó a besarme y me propuso encontrar un antídoto sexual. Muchos años antes, en una de nuestras primeras citas, me había preguntado si me gustaba hacer el amor. La pregunta me tomó por sorpresa. ¿A quién no le gusta? Se explicó:

—A alguna gente le gusta más y a otra menos.

Le dije:

—A mí me gusta más.

Y respondió:

—Como a mí.

Resultó que nos gustaba más o menos en la misma forma y medida, y tras casi veinte años juntos —con los intervalos de los nacimientos de nuestros hijos y del apocalipsis de nuestra pareja en 2012— nuestra vida sexual aún era uno de los pilares de nuestra relación, como lo corroboramos esa misma noche y quizás por eso Fabián creyó haber encontrado allí una fuerza capaz de derrotar la enfermedad.

Después, aún recostados, planificamos la escritura de un libro de tips sexuales anticancerígenos, un manual que la gente correría a comprar hasta convertirlo en best seller. Viajaríamos por el mundo para explicar el método en simposios y seminarios, y aprovecharíamos esos viajes para continuar con la sanación de Fabián.

Ignorábamos que aquella noche sería la última en que nuestra intimidad llegó a parecerse a la de nuestra vida hasta entonces. Ignorábamos que el inminente padecimiento físico pronto sería tal que nos privaría incluso del remanso del placer.

En el tren

Cuando Fabián tenía seis años, un día escuchó que su madre cuchicheaba con la vecina:

—Juan falleció en el hospital.

Y así se enteró de que su padre había muerto.

En defensa de esa pobre mujer, diré que la viudez no es algo fácil.

Cuando el enfermo fue Fabi, y los médicos preguntaban por sus antecedentes familiares, él nunca pudo establecer dónde se había alojado el cáncer de su padre, y yo me pregunto si en verdad sería a causa de que no hubo un diagnóstico preciso, como él solía decir, o si esa información formaba parte del paquete de cosas sobre las que la madre decidió callar.

Durante los meses que duró la internación de Juan, sus compañeros de trabajo ayudaban a la familia con una colecta mensual que igualaba el pago por las horas extras que el enfermo, postrado, ya no hacía. Cuando mi suegra al fin enviudó, recibió como herencia un puesto en el Ministerio de Agricultura. Luego encontró la forma de anexar a las protecciones del Estado Benefactor, las comunitarias: anotó a los hijos en un colegio de la colectividad armenia, donde parte de la cuota estaba cubierta por una beca escolar y en el que contaba con donaciones de ropa para los chicos.

En el verano de 1972 consideró que lo mejor era que su hijo mayor pasara algunos meses en casa de su abuela, en Córdoba. Fabián tenía entonces ocho años, y su madre lo llevó a la estación de trenes con un bolso con ropa y un paquete con algo de comida. Se despidieron en Buenos Aires, y la abuela lo recibiría al llegar a destino.

Dos décadas más tarde mis abuelos y yo viajaríamos en tren a Mar del Plata todos los eneros. En las ocasiones en que el ferrocarril funcionaba bien, el trayecto duraba unas ocho horas. Consulto Google Maps: entre Buenos Aires y Mar del Plata hay cuatrocientos kilómetros, y para llegar a Córdoba hay que recorrer setecientos.

Pienso en un viaje de tren de casi el doble de distancia del mío, dos décadas antes. ¿Cuánto podía demorar? Con suerte poco menos que un día. Pasar la noche en el tren.

Pienso en un niño de ocho años; recuerdo a mis hijos a esa edad. Intento evocar al pequeño Fabián. Tomo sus rasgos de alguna foto en blanco y negro que conservamos en casa, lo ubico en el enorme asiento de cuerina marrón del tren de mis propios veranos, las piernas que cuelgan apenas llegan a rozar el suelo. Un adulto, quizás su propia madre antes de despedirlo, habrá colocado el bolso con ropa en el portaequipajes al que el niño no alcanza. El paquete con comida sigue junto a él, para que lo tenga a la mano cuando sienta hambre. La abuela lo recogerá en la estación cuando el tren llegue, pero no hay forma de establecer cuándo será.

No invoco estas imágenes por primera vez ahora que las escribo. Durante los veinte años que pasamos juntos, más de una vez me topé con Fabián pequeño, solito en aquel enorme asiento de cuerina marrón, aferrado a un paquete de víveres para un viaje que nadie sabe cuánto durará.

En los primeros días tras el diagnóstico, el Fabián al que yo llevaba de la mano no era otro que aquel; el problema era que yo misma estaba muerta de miedo ¿Sería capaz de lograr que mi compañía le diera consuelo en el viaje? ¿Y qué pasaría conmigo cuando el viaje terminara?

Felices para siempre

Fabián y yo éramos, por así decirlo, muy de casarnos en plena hecatombe.

La primera vez fue en diciembre de 2001, con el país en estado de sitio, al otro día de que el entonces presidente huyera de la casa de gobierno en helicóptero aterrado por el estallido social. Acabábamos de mudarnos juntos y tuvimos la idea de hacer una fiesta, pero fue creciendo tanto que terminé de vestido blanco con cola cortando una torta con tiritas, con un anillo en la mano izquierda de cada novio, sin haber pasado ni por la iglesia ni por el registro civil. Ciento veinte invitados, lista de casamiento en una agencia de turismo y en una casa de decoración.

Cuando nos dijeron que Fabi tenía cáncer decidimos hacer lo único que se puede hacer cuando ya no se puede hacer nada: poner más garra y más amor.

En 2012, cuando nuestro propio apocalipsis maya, yo había tirado a la basura mi alianza, que la señora que trabajaba en casa sacó amorosamente del tacho y guardó en una cajita. Pero llevar esa en un nuevo voto matrimonial me pareció de mal agüero. Una tarde salimos a buscar nuevas en el radio de nuestro barrio, porque Fabi ya no estaba para andar recorriendo la ciudad. Cuando ya habíamos entrado a varias joyerías y nada nos convencía, me acordé de un pequeño local cercano a nuestra casa anterior.

Allí pronto nos fastidiamos porque el empleado no sabía mucho de nada y el dueño estaba al teléfono. Estábamos por irnos cuando al fin cortó y se dispuso a atendernos, pero en cuanto empezó con las especificaciones técnicas Fabi le preguntó si era armenio: había un pequeño almanaque con la bandera sobre el mostrador. Entonces el hombre lo miró y le dijo:

— ¿Vos sos Fabián?

Habían ido a la misma escuela, donde el joyero había sido compañero del hermano de Fabi. Fue raro, porque de la indiferencia del teléfono

pasó a un gesto amoroso; le dijo que lo recordaba con profundo cariño y, como hermano mayor de su amigo de la niñez, con admiración. Le dijo también que una vez lo había visto en un restaurante, pero que ahora no lo había reconocido porque estaba más flaco. Fabi le contó las razones, y el joyero salió del paso al volver a las especificaciones técnicas sobre las alianzas; cuando nos preguntó si queríamos grabarles algo en el interior y Fabi dijo: Julia te amo por siempre, lloró hasta el vendedor que presenciaba la escena de coté.

Una semana después, cuando Fabi fue a retirarlas, el joyero había agregado a modo de regalo un cintillo, que coloqué en la mano en la que pronto también llevaría mi anillo de bodas.

Nos casamos una mañana de noviembre, un día de pleno sol contra todas las predicciones. Nos acompañaron la familia y los amigos, nuestros hijos, una tribu compacta y amorosa, y a pesar de todo el clima era de fiesta. Mi libro de predicciones truncas auguraba un largo matrimonio a los dragones que se casaran en ese mes.

Aunque con quince años más que en mi primera boda, yo me sentía espléndida, y llevé un vestido blanco cortísimo con unos zapatos de taco alto, y un ramo de peonias que parecía salido de una telenovela ambientada en París. Fabián eligió una camisa azul oscuro que le resaltaba lo armenio, y durante la ceremonia alternamos risas con brevísimos llantos, porque en aquel recinto estaba todo lo que no queríamos perder.

Cuando el juez dijo Los declaro unidos en matrimonio, dos violines y un acordeón tocaron *All you need is love* y luego nos escoltaron hasta la salida al ritmo de la cumbia mexicana Cómo te voy a olvidar.

Los invitados se acomodaron como pudieron en nuestra casa: quisimos recibirlos donde siempre. Hubo un banquete armenio y yo hice una torta de bodas verde agua adornada con suculentas y cardos que el día anterior había juntado en los alrededores de la cancha de handbol en la que entrenaba Fidel. La cortamos juntos, como indica la tradición, luego de que las solteras tiraran de las cintas entre las que se encontraba el anillo que determina quién será la próxima en casarse.

Si se ignoraban los detalles, daba la sensación de que seríamos felices para siempre.

La verdad

Cuando todo empezó, a los cien interrogantes sobre nuestro futuro hubo que sumar las mil inquietudes acerca de cómo encarar el tema con nuestros hijos: cómo hacer que una tragedia que los marcaría para siempre dejara la mejor huella posible. Les habíamos dicho que el papá tenía un problema de salud y que haría un tratamiento para extraerle algo, aunque no explicamos exactamente qué. Fidel dijo:

—Mientras no sea cáncer…

Empezamos a entrenarnos en el complejo arte de contener las ganas de tirarnos al piso a llorar, un esfuerzo propio de atletas olímpicos.

Una tarde, mientras llevaba a Fidel a su clase de handbol, él me miró y me dijo: mamá, ¿papá tiene cáncer?

La norma número uno con los hijos es no mentir, pero yo dije:

—No.

Le dije que tenía una cosa llamada adenocarcinoma, que era tan grave como el cáncer pero era distinto. Le pregunté por qué pensaba que tenía cáncer, y dijo que me había escuchado decir que era una enfermedad trágica. Le dije que no había dicho trágica sino severa, y le pregunté si entendía la diferencia. Se la expliqué.

—Severa es que tenés que atenderla, no es como un resfrío que podés no hacer nada y tarde o temprano te curás. Tenés que ir al doctor, tomar remedios, quedarte en cama para no empeorar.

Lo abracé y le dije que todo iba a estar bien, y cuando lo dejé en su clase me di cuenta de que yo todavía tenía el corazón en la boca.

Cuca, en cambio, había optado por el silencio, y guardaba con Fabi una distancia nueva, antinatural en el amoroso vínculo que habían tenido hasta entonces. Él le reprochaba la indiferencia, le pedía comprensión y ella redoblaba la apuesta al dejarlo con la palabra en la boca hasta que él, sin poder contener el desconsuelo y en busca de

clemencia, terminó por decirle que ese algo que había que extraer no era ni más ni menos que un tumor. El arrebato me alarmó. Yo tenía toda la intención de ser cauta con los chicos y de manejar la información de la mejor manera posible. Esa noche me acerqué al cuarto de Cuca, pero a mí tampoco me escuchó: bueno chau, bueno listo, no quiero hablar de eso.

La mamá de una amiga de Cuca me había pasado el dato de Paula, una psicóloga infantil amiga de ella experta en el variopinto rubro niños & tragedias. Fui a verla y le conté la historia en detalle. En un momento preguntó por nuestra red: quiénes nos acompañaban en el camino. Se la describí. Preguntó por mis padres y le dije que eran desaparecidos. Seguí hablando de lo que nos pasaba.

En un momento cortó mi relato para preguntar: ¿Cómo fue lo de tus padres? Le conté solo los titulares, para nos desviarnos de lo que nos convocaba, apremiaba diría, y al rato insistió: ¿Y a vos cómo te lo dijeron?

Mi abuelo Horacio me había criado con la absoluta seguridad de que algún día iba a encontrar a mi madre, por lo que impartió a la familia la orden de que nadie me dijera nunca la verdad, algo que al fin hizo furtivamente mi abuela en la playa de mi infancia, a instancias de mi maestra de quinto grado, que por alguno de mis compañeros se había enterado de que yo, a falta de explicaciones, decía que mis padres me habían abandonado. Hasta entonces yo nunca había preguntado nada, porque aún en la ignorancia absoluta percibía algo dolorosísimo detrás, y temía profundizar la pena.

Paula me preguntó cómo me había sentido al enterarme de que mis padres en realidad eran desaparecidos, y le dije que había sido un gran alivio saber que no me habían abandonado, además de que la verdad me permitió comprender por qué mis abuelos decían que mi madre era la más buena del mundo. A pesar de que fuera una historia triste, comprenderla me había ayudado a ganar serenidad; dicho lo cual me apuré a volver al motivo de mi consulta.

En algún momento comenté además que yo, socióloga, me dedicaba a estudiar la transmisión escolar del pasado reciente, aunque estaba en proceso de abandonar mi trabajo para permanecer cien por ciento en casa con mi familia, sosteniendo. Paula me preguntó:

—Y de tu experiencia personal, y también profesional, ¿cómo pensás que hay que manejar la información con los chicos?

Me hizo decir a mí lo que fui a que ella me dijera:

—Hay que decirles la verdad, siempre.

Es mi frase de cabecera cuando trabajo con docentes: trauma del que no se habla, dos veces trauma. Fácil de decir para hablar de Historia, incluso de las historias personales… siempre que las personas no sean mis hijos.

Refugio

Paula me contó entonces de un equipo de psicólogos que trabajaba con chicos de Israel. Esos chicos tenían que poder identificar una amenaza, para actuar: acudir a sus padres, llamarlos por teléfono. Para garantizar que lo hagan, es importante que los adultos les dejen claro cómo reconocer y dimensionar el peligro.

¿Cómo decirles que viven en peligro de muerte, sin que eso les impida transitar una vida normal? Diciendo: cuando acudas a mí, yo voy a llevarte a un lugar seguro. Paula dijo: el refugio de tus hijos sos vos.

Le pedí que me diera consejos prácticos, cómo operacionalizar la máxima de decir la verdad siempre, a lo que respondió que siguiera mi instinto y encontraría la forma.

No tardé en encontrarla. Al otro día recibí un mensaje de la maestra de Fidel. Él y algunos amigos habían hecho alboroto en clase de música, y la profesora les había pedido el cuaderno de comunicados para mandar una nota a los padres. Al dárselo, Fidel estaba muy compungido. La maestra le preguntó por qué, y él respondió:

—Porque mi papá tiene cáncer y mi mamá está muy triste, no quiero entristecerla más.

Mi hijo, el mismo que me había pedido que no le dijera que su padre tenía cáncer y al que yo le había dicho que no lo tenía.

Esa tarde lo esperamos en la puerta de casa. Fabi lo abrazó y acarició largo rato, y después yo lo invité a merendar.

—No voy a poder comer nada, tengo algo acá— dijo, señalándose la garganta. Le dije que fuéramos igual, así caminábamos un poco.

Todavía en la calle le pedí que me hablara de lo que había pasado, y empezó con excusas por lo que fuera que hubiesen hecho en la clase de música.

—No me importa nada de eso —le dije— quiero que me cuentes lo

que pasó después. Como noté que daba vueltas para no ir al punto lo tomé de los hombros y le dije:

—Fidel, ¿viste que me preguntaste si papá tenía cáncer y yo te dije que no? Bueno, no estaba preparada para decirte la verdad, te pido perdón. —Se me quedó mirando, se hizo un pequeño silencio— Papá tiene cáncer.

Se lo dije pensando que ya lo sabía, porque él mismo se lo había dicho a la maestra a la tarde, pero al parecer le había pasado como a mí, que había leído el diagnóstico sin acusar recibo hasta no escuchar las palabras en boca del doctor. Se quedó pasmado y me dijo:

—¿Cómo que tiene cáncer?

Le agarré la carita, lo acaricié y le pregunté si sabía qué era el esófago; le dije que era como un tubo por el que bajaba la comida: papá tenía la enfermedad ahí y por eso le costaba tanto comer.

Lo abracé.

Lloramos.

Caminamos de la mano hasta el bar en el que Fabi y yo solíamos desayunar los domingos, mientras le hablaba de lo afortunados que éramos de tener tan buenos médicos, de poder acceder a los remedios, de tener una casa linda y abrigada, amorosos amigos, tíos, primos, los abuelos, tanta gente que nos acompañaba con amor. De tenernos a nosotros.

Mientras merendábamos (la verdad le había desanudado la garganta) le pregunté si creía en Dios. Levantó los hombros al decir no sé y me lo preguntó a mí. Le dije que yo en principio no, aunque no estaba segura, y le dije que había gente que opinaba que si nos pasaba lo que nos pasaba era porque nosotros podríamos enfrentarlo. Se quedó un rato pensando y después propuso que jugáramos, como siempre que vamos a un bar o a un restaurante, al Ahorcado. Mi primera palabra fue Refugio.

Le dije: Fidel, tu refugio soy yo.

El ánimo, la actitud, la planta, la bruja

Todos querían ayudar y casi todos lo hacían.

Algunos invitaron a mis hijos a sus casas o al cine, los llevaron a tomar helado, los buscaban en el colegio; mis tíos, que ofician de abuelos, y toda mi troupe adroguense, fueron nuestros mejores aliados, a los que se sumaron amorosas familias de la escuela que llevaron y trajeron, invitaron, abrazaron.

Hubo quienes consiguieron cosas, retiraron encargos, y los acercaron a casa; remedios, marihuana, pies de suero, un purificador de aire porque a Fabi lo descomponía el olor a comida, alguna cosa para el cumpleaños de uno de los chicos, porque los cumpleaños ocurrían igual.

Todos los días llegaban mensajes: ¿Querés que te haga las compras? ¿Quieren que los lleve a alguna parte? ¿Necesitan plata?; o bien, simplemente: Los queremos, pensamos mucho en ustedes, cuenten con nosotros, los acompañamos en todo, acá estamos. Un amigo mandaba chistes, imitaciones del general Perón; una amiga me contaba chimentos del que había sido mi mundo profesional.

Otros aconsejaban: llegué a armar una lista de unos quince médicos que son, todos ellos, EL que más sabe de cáncer en el país en el mundo en la galaxia, no podés dejar de consultarlo, es el único que lo puede salvar. Plantas curativas: compré varias que aún crecen en las macetas de la terraza. Dietas: sin lácteos, con lácteos, orgánicas, que combaten la acidez; no consumir azúcar ni harina; consumir cualquier cosa que le pase por la boca para detener el incontrolable descenso de peso. Tratamientos y disciplinas: reiki, yoga, meditación. Visualizar el tumor, que está en el esófago por todo lo que no se dijo; pensar en lo que no se dijo y decirlo al fin. Ir a ver al cura sanador, a la mujer milagrosa, explorar técnicas medicinales alternativas que son esta, esta y no otra, son estas diez.

No desanimarse, porque el ánimo puede con todo, hasta con un tumor activo y en expansión. Relajarse, porque si se relaja come, que la comida

pasara o no de pronto tenía mucho más que ver con eso que con el bicho (así llamaba yo a la enfermedad) que obstruía el sistema digestivo de Fabián. Todo está en la actitud: lo vi en la tele, lo leí en una revista, en un libro, en un blog.

Y mientras tanto la vida transcurría en una intimidad blindada y especular. Como decía Fabi: al final somos vos y yo. Y el tiempo que se iba en dar explicaciones acerca de por qué no probar tal droga alternativa ni confrontar con el paliativista ni consultar a tal cura sanador ni leer aquel libro se restaba a aquel tiempo íntimo y definitivo, y por eso la energía invertida en dar explicaciones se hizo directamente proporcional al grado de afecto que se tenía hacia quien acercaba la mejor idea en cuestión.

El ánimo, la actitud, la planta, la bruja, el cura y la meditación pueden llegar a funcionar, del modo que sea, en ciertos diagnósticos, no en el de Fabián. Naufragio. Un año antes de que supiéramos de su enfermedad, Fabián se había hecho estudios en los que no aparecía nada; para cuando lo detectaron, tenía un cáncer con tres metástasis, lo cual exponía lo virulento de su enfermedad en particular. Hubo quienes lo entendieron, y aunque sus consejos aún nos llegaban (porque de verdad creían en ellos, y no darlos les parecía mezquino) los mandaban entre algodones de no quiero abrumarlos, tal vez les sirva, fíjense cómo les viene. Aunque no llamaríamos a ese oncólogo ni Fabián comería calonche, atesoramos esos consejos como genuinas muestras de amor.

Decadencia de los hayque

Los hayque quedaron sistemáticamente fuera de nuestra fortaleza en ruinas.

Ejemplo:

—Hay que decirle al médico que no puede tener dolor.

O bien:

—Tiene que tomar aloe en licuado.

Pero el tumor había crecido tanto que ya nada pasaba por el esófago de Fabián.

—No importa: tiene que tomar igual.

Hay que. No hay que. El médico tiene que, tenés que decírselo.

Aceite de cannabis ahora mismo, quiero que me expliques por qué no aceite de cannabis, cuando el aceite de cannabis no era legal y por eso no era tan fácil conseguirlo y en esa semana la quimio no nos había dado tregua ni para dormir.

Porque la quimio es lo peor, yo que vos la descarto ¿es la única opción? La descartaría igual.

¿Ya pasaron a la morfina? Porque la morfina es un camino sin retorno. ¿Qué grado tiene el tumor?

Hay una página web que te calcula el tiempo que te queda de vida de acuerdo con el grado del tumor.

Aunque intenté estar muy atenta a no hacer cosas de las que después pudiera arrepentirme, yo misma caí en la tentación.

—Tenés que comer.

Llegó el punto en que no solo debimos renunciar a los mandatos

culturales sino también a las leyes de la naturaleza. En nuestra situación, ni para las funciones vitales valían los hayques. Fabián lloraba porque no podía comer y yo porque él no comía, le insistía con que comiera cuando lo que ocurría era que el tumor había crecido tanto que no quedaba lugar para que la comida pasara por su esófago. Al cabo ya no comió más en forma normal, y comenzó a alimentarse con un preparado que pasábamos por una sonda que iba de la nariz al estómago.

Así fue cómo empezamos a aceptar la idea de que lo que habíamos conocido hasta entonces —el universo familiar, el campo profesional, la dimensión de la pareja, el mundo social, y todo el resto: los bares del barrio, las vacaciones, las idas al cine, la compra del supermercado — podía distorsionarse ad infinitum y que la sencilla razón por la que no terminábamos de desdibujarnos en el proceso era el denodado esfuerzo cotidiano por aferrarnos a la idea de que todavía éramos lo que habíamos sido, aun a sabiendas de que nunca seríamos lo que habíamos proyectado llegar a ser.

Alicia

Cuca nació el día en que su padre cumplía 39 años. Tuve que hacer que él mismo controlara el ritmo de las contracciones porque creyó que estaba haciéndole una broma.

El complejo de Electra es un fenómeno cautivante, y la forma en que esa nena se transformó en la perdición de Fabián siempre me resultó hipnótica. Era un amor recíproco, y juro que tenía una manifestación física: un dilatar de las pupilas del padre, pequeños pliegues a los costados de los ojos, las dos cosas juntas, no sé. Pero sé que no puede no tener consecuencias haber sido objeto de una mirada así, ni tampoco puede no tenerlas el hecho de haberla perdido.

Y sin embargo Cuca no había hecho más que alejarse de Fabi desde que supo de la enfermedad. Todos mis intentos de hablar sobre el tema habían fracasado, y mi hija había dejado de mirar a la cara a su padre. Cada vez que él lloraba de desesperación (y hubo épocas en las que lloraba mucho) yo encontraba en ella un gesto de intolerancia. A primera vista era un desplante, el más absoluto desamor.

En esa época la foto del perfil de Instagram de Cuca era la de Alicia encerrada en la botella en la que cae al encogerse antes de entrar al País de las Maravillas, y en la que flota en sus propias lágrimas lloradas tan solo un rato antes, cuando era enorme.

Para peor, Fabián solo le hablaba emotivamente. En cuanto la veía le decía cuánto la amaba, cuánto había querido tenerla, lo orgulloso que estaba de ella, y cosas así. Cuca salía eyectada. Cuando yo intentaba mediar ella me decía: no lo soporto.

En realidad no quería hablar de la forma en que la enfermedad de su padre le rompía el corazón; ni con él, ni conmigo ni con nadie. Habían pasado varios meses sin que les contara nada a sus amigos, y cuando sus tías intentaron acercarse les cambió de tema sin tapujos. Pronto quedó encerrada en la botella; en el círculo polar del silencio, en el que las palabras —dichas o no—solo pueden quemar.

Paula me dijo: cada uno encara esto con su personalidad, pero

también cada uno lo enfrenta en el momento vital en que se encuentra. Cuca tenía trece años, y la adolescencia era ya de por sí un torbellino en el que nada podía impactar pacíficamente. Le dije que me daba pena que ahora que lo tenía con ella no pudiera acercarse, y Paula me explicó que los sentimientos no funcionan así, que uno no puede hacer el cálculo racional de postergar lo que se siente hoy a cuenta de lo que podría pasar mañana.

Mi amiga Caro, que también es psicóloga y fue una de las que me coucheó la desazón durante toda la enfermedad, me dijo: ella ve en su papá un superhéroe, no puede perdonarle que no tenga un súper poder para recuperarse de esto. La buena noticia era lo que llamó un Edipo bien constituido, aunque ahora mismo no pudiéramos sopesar su valor.

Un domingo fui a buscar a Cuca a casa de una amiga y aproveché el trayecto en coche para hablar (supuse que no se arrojaría por la ventanilla…). Le dije que entendía que ella no quisiera hablar pero que yo era su mamá y tenía que decirle algunas cosas.

Tenía que decirle que su papá no estaba bien, que la enfermedad le estaba pegando muy duro, y que quería que supiera que él estaba dando batalla a pesar de que era una pelea muy desigual, en condiciones muy adversas. Le dije que nunca íbamos a tirar la toalla, y que nosotros siempre procedíamos como si fuéramos a ganarle al cáncer aunque fuera muy improbable.

Cuca miraba al frente, las lágrimas caían pesadas, ninguna palabra salía de su boca. Le dije que quería saber qué pensaba, para poder ayudarla mejor, pero no hubo caso. Lloró en casa todo el resto del día y siguió llorando a la noche. Si de verdad hubiera podido encogerse y entrar en una botella, habría podido navegar en el caudal de su desconsuelo.

Esa noche me llamó a su cuarto. Me senté a los pies de su cama y la acaricié largo rato. Al fin habló:

—¿Papá se va a morir?

No pude contestar.

—Mamá: ¿Papá se va a morir?

—Sí.

Lloró como nunca, mientras yo la acariciaba. Cuando vi que estaba por quedarse dormida le dije:

—Cuca, papá se va a morir, pero ahora tu papá está ahí, en nuestro cuarto. Ya sé que no querés hablar con él, pero siempre podés llorar en sus brazos. No hace falta que hablen, creo que abrazarse les haría muy bien a los dos.

A la mañana siguiente llevé a Fidel al colegio y me fui a hacer algunas cosas por la calle. Volví a media mañana. Los encontré acurrucados en mi cama, mirando una serie. Cuca tenía la cara desfigurada de tanto llorar, pero sonreía. Fabi lo mismo.

En la calma de aquel paréntesis todos sabíamos que también sonreía la implacable Reina de Corazones, que quería la cabeza de ambos: aunque Alicia recuperase de a poco su tamaño real, el Jabberwocky alojado en el cuerpo de su padre, en el preciso lugar donde ella apoyaba la cabeza al abrazarlo, era invencible.

Presente

El presente es una cárcel. Los cultores del aquí y ahora no valoran lo suficiente la forma en que el recuerdo lo nutre y en que las perspectivas a futuro lo llenan de emoción.

Históricamente comprábamos los pasajes para nuestras próximas vacaciones al bajar del avión. Definíamos nuestros viajes a diez meses de que ocurrieran, igual que imaginábamos fiestas, tesis, casas de fin de semana, libros de aquí al resto de nuestras largas vidas. Si alguien comentaba que contratar vacaciones con tanta antelación le parecía un poco arriesgado contestábamos: si pasa algo tan grave como para tener que perder los pasajes, perder los pasajes no va a ser tan terrible.

Cuando tuvimos el diagnóstico perdimos los pasajes para nuestras tres semanas de vacaciones de verano y efectivamente eso ya ni acreditaba para tragedia. El tratamiento preveía una semana de descanso cada dos, de manera que no podríamos volver a pasar más de diez días, como mucho, fuera de la ciudad. En verano volvimos a comprar pasajes al mismo destino pero para irnos una semana, y el viaje resultó calamitoso, porque a pocos días de partir descubrimos que Fabián había contraído un hongo en el esófago (esto fue antes de que dejara de alimentarse normalmente). Los oncólogos lo medicaron y nos instaron a irnos a descansar, en una patriada que promoví cuanto pude, regida por la máxima de que no hay nada que la playa no pueda curar. Todavía no habíamos descubierto aquello de la invalidez de las leyes de la naturaleza.

De a poco comprendimos que estábamos en la cárcel del día a día. Hice esfuerzos por valorar la filosofía del hoy, pero me parece tan restrictiva y tacaña que me corta la respiración.

Si unos amigos preguntaban si podían pasar a ver a Fabi el fin de semana, les decía que teníamos que hablar sobre la hora, para ver cómo estaba. A pocos días del cumpleaños de Cuca y Fabi no podía prever qué clase de festejo (festejito) estaríamos en condiciones de hacer, si es que estaríamos para alguno. Cuando llegó la nota del campamento del colegio de Fidel para unos meses más tarde, me

pregunté dónde estaríamos para entonces.

Recuerdo que una vez le dije a Fabi: en julio cumplimos veinte años juntos, y al decirlo comprendí que no sabía si eso llegaría a ocurrir. Una noche terminamos la última temporada disponible de nuestra serie. Lloramos en silencio, supongo que él por lo mismo que yo: ¿estaría allí para ver la nueva cuando la pusieran al aire?

Era como ir en un tren de alta velocidad en un camarote amplio y silencioso desde el que se veían tanto las estaciones y los paisajes como la gente que pasaba por el pasillo, la que bajaba y subía, y daba la sensación de que no sabían que estaban bajando y subiendo, de que no eran conscientes del movimiento, como no lo hubiéramos sido nosotros de haber puesto un pie fuera de aquella realidad aparte, la cárcel en que el verdadero castigo es la brutal conciencia de todo.

Borbones

Como un acto de fe, cuando mi marido se enfermó yo seguí con las clases de italiano para hablarlo durante nuestro viaje: más tarde o más temprano estaríamos en condiciones de encarar esa aventura.

Una mañana, en el noveno mes de la enfermedad de Fabi, comenzamos la unidad del libro que trata de turismo, en la que había un apartado sobre esas casitas de Umbria llamadas trulli. Yo nunca las había visto, y la profesora explicó que estaban hechas de piedra, tenían por techo un cono, y algo de todo eso hacía que fueran cálidas en invierno y frescas en verano. Dijo también que en sus orígenes no pagaban impuestos, y que esa era una de las razones por la que se habían extendido. Dijo: Según creo, durante el reinado de los borbones.

La guardia imperial borbónica a pleno saltó entonces sobre mí y me sacó del aula por la fuerza para llevarme lejos.

Una tarde de marzo de 1997 —vestidito a cuadros blancos y azules, sandalias chatas, bolso cargado de libros— abrí la desvencijada puerta del aula 510 de la facultad de Ciencias Sociales y lo vi. Lo vi apenas al pasar, porque llegaba (¡ay! yo siempre igual) con cierta demora. Era la primera vez que cursaba una materia por la tarde, y la única que Fabián dictaría en ese horario.

Me apuré a llegar al fondo del aula y saqué mi cuaderno para anotar lo que el profesor estaba diciendo, que era su nombre. Si alguna vez se inventa la máquina del tiempo, el primer destino que elija será ese jueves a las cuatro y pico de la tarde. Me diré al oído: Prestá atención, que lo estás escribiendo mal y es el apellido que van a tener tus hijos. La joven Julia no se sorprenderá. No es que entonces supiera cómo irían a terminar las cosas: el amor a primera vista no existe. Pero si en ese mismo momento el profesor se hubiera colado entre los pupitres para preguntarme al oído si tenía el pasaporte al día, y qué te parece si al salir de clase tomamos juntos un avión a Roma, ahí mismo, unos segundos después de verle la cara por primera vez en mi vida, le hubiera contestado que sí. La existencia del deseo a primera vista está

fuera de duda.

En el transcurso del cuatrimestre mis minifaldas fueron acortándose y yo, ubicada cada vez más cerca de la primera fila, me esmeraba. El profesor lo sabía. En ocasión del primer trabajo práctico le pregunté si podía escribirlo a mano, porque por entonces no tenía computadora. Me pidió letra clara, y le ofrecí el trazo esmerado y redondo con que se escriben las cartas de amor. En adelante él siempre diría a su clase: Todos los trabajos a máquina, salvo esta chica que tiene una letra hermosa. Me trataba de usted, y cada vez que yo me acercaba a preguntarle referencias bibliográficas, me ocupaba de hacer lo posible para que se diera cuenta de que me fascinaba.

Promediando el cuatrimestre, una tarde preguntó las diferencias entre las Reformas Borbónicas y las Pombalinas. Levanté la mano y no esperé que me diera la palabra para decir:

—Las Borbónicas las aplicó España; las Pombalinas, Portugal.

La mirada de Fabián (qué obviedad, qué respuesta más tonta, qué decepción) mientras señalaba a otra persona que respondería correctamente, fue la primera vez en que él me rompió el corazón. Después de ese día estudié para sus clases como no lo había hecho ni volvería a hacerlo nunca. A final, en esa materia, mi libreta universitaria diría: diez.

Creo que durante el reinado de los borbones, había dicho mi profesora de italiano casi veinte años después de aquel episodio, y yo contuve las ganas de llorar. Al salir de esa clase, según la rutina que me había impuesto para los martes al mediodía, corrí para a llegar a casa cuanto antes de manera que Fabi estuviera solo el menor tiempo posible. Lo encontré preparando la medicación de la hora, lo que siguió haciendo cuando lo saludé con un beso y le pregunté:

—Y entonces ¿cuál era la diferencia entre las Reformas Borbónicas y las Pombalinas? Porque aquella vez en tu clase tuve tanta vergüenza que no escuché nada más…

Hizo una pausa antes de decir:

—Las Borbónicas las aplicó España; las Pombalinas, Portugal.

Un día equis

Un día equis, un sábado, me levanté a las ocho, me bañé y preparé el desayuno. Llevé a Cuca a clase de alemán, fui a Barrio Norte a buscar el preparado de morfina que Fabi usaba como analgésico, volví a casa a buscar a Fi y lo llevé a su taller de historieta. Volví a casa una vez más y recibí al auditor de la empresa que suministraría productos, equipos y personal para que Fabi se alimentara por medio de la sonda nasogástrica. Cuando le abrí la puerta al auditor salí para buscar a Fidel en su taller, otra vez volví a casa a donde nos encontramos con Cuca, preparé la comida, me senté, tocó timbre una querida amiga que traía de regalo papeles para armar porro, y mientras la despedía llegó el enfermero que contratamos para que nos asistiera en los primeros días de alimentación con sonda, a quien acompañé a conectar a Fabi para seguir aprendiendo mientras reparé en que Cuca llegaría tardísimo a la feria americana que había organizado con sus amigas y para la que debía llevarla a Villa Crespo; llamé a la mamá de una de sus amigas y en tres minutos el papá de la nena pasó a buscarla mientras yo la retaba por la desorganización y mientras, cada tanto, entraba a mi cuarto para intentar aprender cómo funcionaba eso de la sonda, y Fabi lloraba. Cuando bajé a abrirle al enfermero y entré a la cocina encontré a Fidel secando el piso porque se había volcado una botella de agua y le dije que no se preocupara. Subí a ver a Fabi, me quedé un momento con él, lo consolé, volví a almorzar la comida ya helada, Fidel me hizo compañía y entre los dos levantamos los platos y subimos y discutimos porque me pidió prestada mi computadora ya que la de él no funcionaba y como la mía funcionaba mal le di mil recomendaciones que él interpretó como que yo no quería prestársela. Volví a mi cuarto y me acosté junto a Fabi y en cuanto me quedé dormida sonó el timbre y era un amigo que llegaba sin aviso y le abrí y mientras él se quedó con Fabi fui a dormir al cuarto de Cuca, pero al rato escuché a mis tíos, siempre pendientes de nosotros (mi tío: inesperado aliado incondicional de Fabi enfermo), que habían llegado mientras yo dormía. Fidel les había abierto la puerta y les había preparado una merienda y yo, que recién ahora escuchaba, me levanté, charlé con ellos, les mostré la terraza recién reformada pensando que pasaríamos el verano en Buenos Aires, le presté libros a mi tía, y preparé la mochila de Fidel, que se fue a Adrogué con ellos y

Fabi ahora quería dormir un rato por lo que bajé, hice un trámite telefónico de la tarjeta de crédito, respondí mensajes de mis amigos y me senté a escribir este párrafo sobre un día equis, un día que por aquel entonces se llamaba hoy.

Todo nos sale bien

Un día de esos, un día equis, uno de esos que eran farmacia, colegio, visita del médico, farmacia otra vez, llevada o traída de hija o hijo, reporte a los amigos, ver qué corno hacer de cenar, irrumpió, en forma excepcional, un dolor que de a poco terminaría por volverse la norma.

Llamé a la oncóloga, que improvisó posibles soluciones; corrí por vez número mil a la farmacia y resultó que el remedio que me había indicado comprar estaba con el cuarenta por ciento de descuento.

Volví a casa en la corrida que ahora era el ritmo de todo, repuse una botella de agua en la cocina, y antes de abrir la puerta de mi dormitorio hice el ejercicio físico y mental de cambiar el rictus de mi cara, borrar el gesto de preocupación y de angustia, aunque no el de cansancio enquistado en lo profundo pero bueno, se hace lo que se puede; al fin entré, y luego de besar a Fabi lo miré y le dije, como quien anuncia que acaba de ganar la lotería nacional, que el remedio estaba en promoción y me había salido muy barato.

Y juro que lo vi: vi cómo Fabi hacía lo que yo misma acababa de hacer detrás de la puerta de nuestro cuarto, solo que su expresión de dolor, de una solidez compacta, le hacía imposible la vida, solo que no tenía margen para preocuparse por nadie que no fuera él mismo. Y así y todo, de una forma que pareció instantánea pero que yo vi en cámara lenta en su profundo devenir, de pronto me miró y sonreía al decirme:

—¿Viste, gorda? Todo nos sale bien.

Pensamiento mágico

Antes del naufragio Fabián me había recomendado que leyera El año del pensamiento mágico, de Didion, algo que no hice hasta que, ya enterados del diagnóstico, sugirió que no se me ocurriera leerlo.

Joan Didion es una periodista norteamericana cuyo marido, una noche, cayó fulminado de un paro cardíaco cuando se disponían a cenar (como los panaderos arrasados por el volcán de la dedicatoria de Mankell).

A Didion le sale cultura docta por los poros, pero si uno logra no sentirse fastidiado con tal ostentación, el libro resulta apasionante. Se está ante una pareja de medio siglo, un hombre y una mujer que asisten a los premios Oscar en su carácter de guionistas y viajan de una punta a otra de Estados Unidos para compartir una cena cuando, por trabajo, deben distanciarse.

Didion cita a Freud y a Melanie Klein para afirmar que está comprobado que quienes atraviesan el duelo de una persona amada ven alteradas sus facultades mentales, pero esto no se considera patológico salvo en ciertas circunstancias —de hecho, que no ocurriera sería lo anormal. Hace también referencia a estudios más actuales que dan cuenta de la incapacidad de concentración de los deudos. Recuerdo haber hablado de esto con Fabi una tarde del mes diez de enfermedad, cuando mis dificultades para leer cualquier cosa (no digo un libro: el diario, un mail, una receta) eran persistentes. Me dijo: Pero el marido de Didion murió, yo todavía estoy vivo.

Salí del paso como pude. Yo estaba de duelo desde hacía mucho, durmiendo con alguien que pesaba treinta y cinco kilos menos que mi marido, con quien había dejado de hacer mucho de lo que nos había definido como pareja durante nuestra vida juntos. En ocasiones pasaba por un restaurante nuevo, y el corazón se me hacía una pasa de uva al saber que nunca iríamos juntos allí. Muchas noches, antes de dormir, lo tomaba de la mano, porque allí quedaba algo de su esencia: su temperatura corporal.

Fabián siempre tenía las manos calientes. El año anterior, durante nuestras vacaciones de invierno en Santiago de Chile, habíamos salido una noche a cenar para festejar el décimo cumpleaños de Fidel. Lo dejamos elegir y terminamos en una hamburguesería ambientada al estilo de los años cincuenta, en la que servían enormes vasos de gaseosa helada. No sé si fue eso, pero cuando salimos a la calle para caminar la cuadra que nos separaba del hotel me abordó un frío polar que me hizo castañetear los dientes. Llegamos a nuestra habitación casi corriendo, y mientras la bañera se llenaba de agua hirviente, Fabián me desnudó y me cobijó con el calor de su cuerpo que aún tenía las proporciones de siempre.

A veces hacíamos bromas sobre que uno de los dos, más tarde o más temprano, debería enterrar al otro. Pero yo le decía que cuando él muriera no lo iba a cremar ni a enterrar: lo freezaría y, por las noches, antes de llevarlo a la cama, le daría un golpe de horno. El calor de su cuerpo era mi refugio.

Ahora ese calor, guardado en su mano como una brasa furtiva, camuflado en la oscuridad, me permitía fingir, por un rato, que las cosas no eran como eran. Todas las noches, antes de dormir, le daba un beso y le decía: Mañana cuando nos despertemos tenemos nuestra vida anterior.

El libro de Didion se llama El año del pensamiento mágico porque ella se envuelve en razonamientos irracionales, del estilo: mejor no tirar los zapatos, a su regreso va a necesitarlos. Mi vida, como la de ella, se llenaba de irracionalidad, mientras también, igual que a ella, el mundo exterior me veía como una mujer eficiente.

Didion cuenta que en plena tragedia ella hacía cosas. La gente piensa que se hacen cosas porque eso ayuda a no pensar, entretiene. La verdad es un poco más profunda. Hacer da la sensación de que algo puede hacerse. En plena crisis cardíaca de su marido, Didion buscó la historia clínica, la guardó en su bolso y tuvo cuidado de apagar la chimenea antes de subir con él a la ambulancia. Al llegar al sanatorio, para realizar el trámite de ingreso, se ubicó en una fila de la que minutos más tarde un asistente social la sacaría para informarle la defunción del esposo.

Un día fui a la oncóloga a que rehiciera unas órdenes que debía volcar

en complejos formularios que luego yo llevaría a la obra social y a la empresa prestadora, para autorizarlas en gestiones que prometían ser verdaderamente engorrosas. De regreso con todo resuelto, pasé por la veterinaria a buscar las inyecciones que, al llegar a casa, le aplicaría a nuestra gata para curarle una infección en el hocico. La veterinaria dijo que con tres días de inyecciones sanaría, y la sensación que tuve entonces fue triunfal.

Trópico de las palabras

Didion se sienta con dos hombres en una salita del hospital. Uno le dice al otro: Adelante, es una mujer fuerte. Y entonces el otro le informa que el hombre con quien compartió su vida acaba de fallecer.

Es una mujer fuerte.

Eso mismo dicen de mí.

Cuando cumplí cuarenta años, mi amiga Valle me regaló un cuaderno en cuya tapa había una mujer montando un oso. Dijo Valle que así me veía: una mujer que domaba las circunstancias, que hasta podía montarlas porque las había domesticado. En ese cuaderno escribí las primeras notas de lo que luego sería este libro.

Patty Dann, otra de las viudas cuyo hermoso libro leí, también emana fortaleza.

Que Dann, Didion y yo fuéramos consideradas fuertes me hizo pensar en lo extraño de que esto nos pase a mujeres fuertes, pero después cambié de opinión: no, esto le pasa a millones de personas en el mundo, pero nosotras somos parte de las que narran su experiencia. Pensé en el oso de la tapa de mi cuaderno. Pensé: escribimos sobre nuestra experiencia porque somos fuertes.

Pronto comprendí que ese razonamiento también estaba mal. Es al revés. Escribir sobre nuestra experiencia es lo que nos permite domesticar al oso. Al narrarlas, llevamos lo desolador de nuestra tragedia al Trópico de las Palabras, le damos sentido, intentamos amansar la bestia incontrolable de nuestro desconsuelo.

Esta es mi fortaleza, porque esta es mi página. Puedo escribir por ejemplo: Ya es la mañana y recuperamos nuestra vida anterior. Fabián no está enfermo. Viajaremos a Italia. Amatrice está en pie.

En esta página tengo incluso el poder de suprimir el efecto de la cursiva:

Es la mañana, Fabián no está enfermo, recuperamos nuestra vida anterior.

Un punto de comparación

Una tarde a la salida de la clase me acerqué al profesor con cualquier excusa y él me preguntó qué quería hacer cuando me recibiera. Me trató de usted, y se refería a si iba a aplicar para Conicet, si intentaría una migración académica a Europa, un posgrado en La Sorbona, si ya tenía pensado un tema de investigación. Le respondí: me quiero casar y tener hijitos. No le aclaré con usted, pero el profesor asestó el flechazo.

Esa es la escena fundante de nuestro amor, el momento en que recuerdo haber percibido en Fabi un nivel de deseo parecido al que él me inspiraba.

Muchos años más tarde leí en una revista de la peluquería una nota acerca de una dibujante argentina que triunfaba en el mundo. Se llamaba Fernanda Cohen, y en la revista había algunas ilustraciones que ella había hecho para el New York Times. Faltaban semanas para mi cumpleaños de treinta, que celebraría la noche en que Fabián y yo cumplíamos además cinco años de casados. Pensé que sería hermoso, aunque imposible, encargarle a Fernanda Cohen una ilustración de aquel encuentro en el pasillo para dársela de regalo a Fabián.

Pero al día siguiente mi amiga Cari contó que estaba preparando una sorpresa para su prima que iba a casarse, ayudada por una amiga de la novia que a la sazón era una prestigiosa dibujante radicada en New York de paso por Buenos Aires. Lo digo y lo repito: el que le puso vueltas de la vida a las vueltas de la vida en verdad se quedó corto. Desde luego la dibujante no era otra que Fernanda Cohen y dibujó para mí ese regalo de aniversario para Fabián.

En el cuadro, el profesor pregunta ¿Y usted qué quiere hacer…? a una estudiante que levita sostenida por la ingravidez del velo de novia que se esconde a sus espaldas, entre el que se ocultan una nena y un nene, un gato de moño rojo, bártulos culinarios, burbujas, una vida doméstica idealizada por la chica de diecinueve años que alguna vez fui.

Cuando, en 2012, un meteorito impactó contra nuestro planeta particular, ese cuadro terminó oculto debajo de nuestra cama. Fue la única vez, aunque el desastre se había ido macerando en los dos años previos, en que en verdad quise separarme. Tiré mi alianza al tacho de basura, mientras Fabián se embarcó en un tortuoso peregrinaje que tenía como destino final nuestra reconciliación.

Por entonces el cuadro salió del respaldo de nuestra cama y lo escondimos debajo de ella, porque había pasado a funcionar como el insoportable espejo de lo que creíamos nuestro fracaso definitivo. De a poco remontamos aquel fin del mundo, al que en la cotidianeidad seguimos llamando con estos nombres bíblicos. O más bien yo continué haciéndolo, Fabián casi no volvió a nombrarlos pero ya dije que para mí las palabras son muy importantes.

Más tarde, cuando nos recuperamos, el cuadro volvió a salir a la luz y fue a parar a nuestro estudio, porque en el respaldo de nuestra cama era un apabullante modelo de perfección con el que ya ni siquiera pretendíamos medirnos. Durante los malos tiempos nos habíamos mirado con lupa las miserias; en una serie de rituales dolorosos, descarnados, habíamos exorcizado las ajenas y purgado las propias de manera que, para cuando terminó el período especial, ya éramos otra cosa mejor incluso que la de aquel dibujo de dos dimensiones.

Aclaro que no voy a idealizar las tormentas de las que salimos en pie a la luz del naufragio: hubiese querido no llegar a conocerlas. Entre todas las cosas que merecieron mis lágrimas, ocupó cierto lugar el tiempo de vida que malgastamos en ellas.

Recursos

La primera vez que vi a Paula, cuando me habló de la metáfora del refugio, me preguntó, aunque no sé si con estas palabras, con qué recursos creía yo que contaban mis hijos para atravesar lo que les tocaba.

Era una pregunta que yo ya me había hecho, por lo que no resultó difícil contestar.

En primer lugar, los dos tenían sus amigos. Cuca tenía los de la primaria, los del colegio al que había ido el año en que hizo el ingreso al secundario y los del actual, tres bandas distintas pero todas amorosas, chicos con quienes podría abrazarse a llorar en cuanto estuviese preparada para hacerlo. Fidel tenía un par de íntimos amigos y un grupo más bien laxo, y a eso se sumaba el vínculo con sus primos, es decir los hijos de mis primos, una horda entrañable y sin explicación.

Los dos, le dije a Paula, tienen recursos expresivos de sobra. Fidel, por ejemplo, es dibujante. El sentido que en mí operan las palabras en él lo operan los lápices, ese milagro que sale de su mano sin que yo pueda nunca saber si primero estuvo en su mente o nació ahí mismo, sobre el papel: así es como domestica él la realidad. Cuca, por su parte escribe, siempre escribió: diarios, cuentos, listas, posts, la escritura visceral de quienes conocen el poder de sus palabras pero todavía no quieren soltarlas al mundo. Ella también dibuja, y en su caso sí es evidente que lo que le sale de la mano nació en otra parte.

Pero también había un tercer recurso. Le dije a Paula que quizás le sonara absurdo, pero no. Hacía un año mi amiga Verona me había invitado a escribir con ella un libro, y en esos meses profundicé en el valor del juego en la educación infantil. Le dije a Paula: mis hijos juegan un montón.

Un día, cuando Cuca estaba en séptimo grado, me pidió que no le contara a nadie que todavía jugaba con muñecas. A mí me parecía algo tan maravilloso que no se me hubiera ocurrido hacer nada que

obstaculizara el hábito. Ella tenía una casita de madera que yo le había pintado cuando estaba por nacer Fidel. Recuerdo que pensé que pintarla me llevaría un par de horas, pero aquello me llevó la noche entera. Me gustaba observar cada mañana los resabios de juego en las habitaciones de esa casa: hijitos de plástico en la alfombra del living mientras mamá y papá conversaban en el sillón, la mujer que trabajaba en la mesa con un bebé a sus pies, o esa misma mujer acostada sobre un hombre que no la abrazaba solo porque sus brazos artificiales no eran flexibles.

Fidel siempre armó escenas de Legos, o de Play Móbil o con los muñecos que tuviera por ahí. Durante la enfermedad de su papá se hizo fanático de la serie The Walking Dead. Fabi decía que tal vez no era para la edad, y cuando al final nosotros mismos comenzamos a verla comentábamos: no puedo creer que Fidel haya visto esto solo. A mí, por instinto, me parecía muy bien que hubiera encontrado algo con lo que purgar los miedos de la vida real. En ese alba de un apocalipsis zombi Fidel le veía la cara a la muerte, y veía cómo Rick, Daryl y Michone la resistían a capa y espada, más o menos como nosotros.

Nunca en su vida había tenido por juguete un arma, pero en esos días empezó a usar un puñal de plástico que yo le había comprado para que se disfrazara de pirata en una obra de teatro del colegio, y de algún primo o amigo consiguió prestados dos revólveres. Antes de dormir, él y yo recorreríamos la casa matando zombis imaginarios, mientras jadeábamos por el esfuerzo. Derribábamos la puerta del cuarto de Cuca para protegerla de los caminantes que acecharan, y los tres nos reíamos, y Cuca nos sacaba a los gritos.

Teníamos los amigos, las palabras escritas, los dibujos y el juego. En Cuca, el pavor de poner palabras a los pensamientos cedía de a poco. A Fidel y a mí no nos temblaba la mano a la hora de matar zombis. Nada produce miedo frente al miedo de la posibilidad de que muy pronto tu papá se vaya a morir.

Una pequeña derrota

A veces sentía que no estaba calificada para el cargo.

Un jueves por la noche, mientras cenábamos, Cuca preguntó:

—¿Papá no va a comer nunca más?

Hacía unos días su padre había pasado a alimentarse por medio de la sonda nasogástrica, una manguerita que llevaba enganchada detrás de la oreja como un auricular y que muchas horas por día conectaba su estómago a un alimento para reemplazar la comida que Fabi ya no podía tragar normalmente.

En los últimos meses el descenso de peso había sido descontrolado de modo que, aunque era una solución drástica, la sonda al menos era una solución. Como me dijo Paula que le dijera a los chicos: puede ser fea, puede causar impresión, pero qué bueno no estar más pendientes de si come o no come.

Cuando se tomó la decisión de colocarla no estaba del todo claro por qué Fabi no podía comer (cuando es tan claro que hayque). El psiquiatra decía que el tumor producía inapetencia. No suelo discutir con los médicos, no soy la clase de tonto que cree tener argumentos para discutir por haber leído uno, dos o veinte artículos en internet: para ser médico hay que estudiar. Pero cuando el psiquiatra me hizo pasar al final de la consulta, la charla fue así:

Psiquiatra: Bueno, lo veo bárbaro ¿eh? [Yo: cara de este tipo está completamente loco]. Y me hago cargo de lo que digo.

Yo: (…)

Psiquiatra: ¿Querés decirme algo?

Yo: Sí. Estoy preocupadísima porque Fabián no come nada.

Psiquiatra: ¿Y entendés por qué no come?

Yo: No.

Psiquiatra: ¿Querés que te lo explique?

Yo: Sí.

Luego de lo cual dibujó un croquis del interior de un cuerpo humano en el que unos circulitos que representaban tumores emanaban cosas cuyo nombre no recuerdo y afectaban diversas zonas del cerebro.

Psiquiatra: El tumor de Fabián afecta su apetito.

Yo: Bueno, se puede intentar comer sin apetito.

Psiquiatra: Eso traería el riesgo de vomitar.

Yo: Creo que podemos tomar ese riesgo. Desde que supimos que está enfermo nunca vomitó.

Psiquiatra: Pero no hay motivos: no está en un peso peligroso.

Yo: Bajó más de treinta kilos.

Psiquiatra: No está en un peso grave.

Al día siguiente la nutricionista dijo que Fabi estaba en un peso grave y que el descenso debía ser controlado con urgencia, una pequeña victoria de la que no me alegré.

Y esa noche Fidel encontró entre mis cosas el croquis del cuerpo con tumores y dijo: No sé cómo pueden confiar en alguien que dibuja así.

Un ancla

El día en que Fabi comenzó el segundo tratamiento fue ese en que el otoño empieza de hecho: el día en que más allá de lo que anticipe el pronóstico todos salimos desabrigados, sin terminar de creer que el remanso veraniego vaya al fin a abandonarnos. Llegamos al sanatorio a las tres de la tarde, a las corridas porque Fabi tenía turno justo a las tres, y al final esperamos tres horas hasta que lo atendieron. Había muchos sobreturnos por el paro general de la semana anterior, y esa era la semana de Pascua, la del Jueves y Viernes Santo. Me acerqué varias veces a Carmen, la secretaria del hospital de día, una ancianita impecable que tenía en sus manos todo lo que pasaba allí, para preguntar por la demora. Era una de esas situaciones que no son culpa de nadie, y en las que aunque uno quisiera enojarse (y me enojé) con alguien, pero al ver que todos trabajan al máximo no hay mucho más que decir.

En esas tres horas que fueron mil terminé el libro de Didion. En la segunda hora de espera, Fabi, sentado conmigo espalda contra espalda porque ya no toleraba ninguna clase de respaldo, sintió los sutiles espasmos de mi llanto casi contenido al leer:

El matrimonio es memoria y el matrimonio es tiempo (…). (…) cuando lloramos a nuestros seres queridos también nos estamos llorando a nosotros mismos, para bien o para mal.

Las dos noches siguientes no dormí. Cuando cerraba los ojos repasaba como en un catálogo los recuerdos que cuando Fabi ya no estuviera serían solo míos. Leí mucho sobre la memoria para escribir mi tesis doctoral. Hay acuerdo entre sociólogos, filósofos, antropólogos, en que la memoria es siempre colectiva porque, aun cuando tenga anclaje en el individuo, los marcos en los que se construye son siempre compartidos.

Anclaje en el individuo. Así lo escribí espontáneamente.

El recuerdo compartido: en un matrimonio cada uno lleva un remo con el que se navega el tiempo. El ancla me daba pánico. Un ancla y

un remo único: los giros sin fin de un remolino en el agua, el Triángulo de las Bermudas de la soledad.

Cuando nos mudamos juntos, Fabián y yo vivíamos en un departamento ubicado en un cuarto piso. Por entonces todas las mañanas yo cruzaba la puerta completamente desnuda para darle un beso en el pasillo; si escuchábamos algún ruido que indicara que alguien venía, para estar otra vez en casa bastaba con dar un paso atrás.

Una mañana, una corriente de aire hizo que la puerta se cerrara detrás de mí. Le pedí a Fabián que me abriera rápido pero dijo: No tengo la llave. Tuve que esconderme en el habitáculo del entrepiso de la escalera en el que los vecinos de los edificios dejan la basura, mientras Fabi iba a pedirle la copia de nuestra llave a la encargada del edificio. Cada vez en mi vida que veo una de esas puertas —cuando voy a casa de amigos o a alguna consulta médica— me río al evocar mi desesperación al estar escondida allí, rogando que nadie fuera a tirar la basura en ese momento.

El habitáculo del entrepiso de nuestro departamento de la calle Vidal, la tarde en que Fabián sacó un ramo de flores de debajo de la mesa del bar para decir Bueno, Julia, estoy enamorado de vos, y yo respondí Ya sé; la mañana del primer test de embarazo; la tarde en que perdimos a Cuca en un supermercado carioca y apareció con un conejo de peluche que sería por siempre su objeto transicional; el granizo bíblico del día en que nació Fidel; las estrellas de mar que volvimos a buscar en Isla Mujeres porque recordábamos las de la primera vez que habíamos estado allí: los dos buscamos esas estrellas porque nuestro recuerdo compartido, más allá de lo que dijeran los isleños, era que esas estrellas habían estado. Se habían extinguido, y nadie más que nosotros dos recordaba haberlas visto nunca. Cuando vuelva a buscarlas, cuando vuelva a buscarlas y nadie pueda confirmar que estuvieron allí, pensarán que estoy loca.

Los iraníes

El asunto aquel mediodía era que Fidel estaba comiendo papas al horno con las manos, y Fabi dijo: Me arrepiento de haber sido siempre tan pesado con eso de que no coman con las manos. Yo una vez… Dijo y me miró: ¿Te conté? A lo que respondí:

—Sí: lo de los iraníes.

En el año 1978 hubo en Irán una revolución contra el poder que, durante décadas, había estado en manos del Sha Reza Pahlevi, una especie de reinado que, a los ojos de occidente, se veía como modernizante, aliado a Estados Unidos, mientras que la mayoría de la población era islamita.

Es interesante, porque subyace una idea de modernización como occidentalización. Es una manifestación de etnocentrismo: considerar que lo moderno es bueno y occidental. El camino que va de lo no moderno a lo moderno es en sí mismo un proceso. El desarrollo de la ciencia, la industria, incluso el capitalismo que son constitutivos de ese proceso claramente pueden darse en un país no occidentalizado, lo que quiere decir que hay posibilidades de modernización por caminos con otros recorridos.

En cualquier caso, la revolución iraní fue muy particular porque estuvo encabezada por clérigos: una revolución no sólo política sino también religiosa, tendiente a imponer un Estado islámico. No conozco las características de ese Estado, pero entiendo que debe ser algo más parecido al socialismo, quizás, y desde ya opuesto a la concentración en la figura de Reza Pahlevi.

El asunto es que los iraníes tenían petróleo, por lo que tuvieron la capacidad de estatizar una cantidad de cuestiones, entre ellas la flota mercante. O comprar, o estatizar, o mandar a construir, el punto es que la flota de buques con la que transportaban los principales productos no solo era de bandera iraní sino que pertenecía al Estado, y tenía tripulación iraní. En el mundo hay tres o cuatro países que son prestadores de bandera, que no tienen barcos, pero sí el negocio de

prestar la bandera, por un tema de patentes. La de los de los iraníes era una flota mercante iraní en todos sus componentes.

Algunos barcos de esa flota venían a cargar granos, cereales, a la Argentina. Y los iraníes, como en algunas otras culturas, entiendo que debe seguir siendo así, no utilizan cubiertos: comen con las manos.

Al escuchar que Fabi se arrepentía de haber sido siempre tan insistente con que los chicos no comieran con la mano yo misma había pensado en aquella historia escuchada (juraría que con las mismas palabras) diecisiete años antes, panza abajo sobre un pareo celeste apoyado en la tibia arena de la playa de Tulum.

En 1983 (cuando yo cursaba segundo grado de la primaria y él ya trabajaba, como antes lo había hecho su padre, en la Junta Nacional de Granos) Fabián tuvo que ir al puerto a tramitar la habilitación para la carga de un barco de la flota mercante iraní. Barco, bandera y tripulación iraníes, porque la revolución, el petróleo y bla. Check list en mano, Fabián revisaba que tal cosa estuviera en orden, que tal papel tuviera su sello correspondiente, que cual habilitación estuviera al día. Y en pleno tramiterío, los iraníes lo invitaron a comer.

—No sé ni cómo me lo habrán dicho para que yo lo entendiera, pero entendí.

Bajó con ellos al comedor común, y en grandes tablones dispuestos en el subsuelo de aquel barco sirvieron la comida que los tripulantes comieron con la mano y a esto venía el cuento de los iraníes: a que Fabián se arrepentía de haber fastidiado a los chicos para que comieran siempre con cuchillo y tenedor.

La historia se reforzaba con gestos de nitidez tal que uno podía ver el arroz apelotonarse en la pinza que Fabián formaba con los dedos, y en la mímica que hacía al llevar el bocado de la fuente a la boca podía apreciarse que no se le caía ni un solo grano.

—No era como si nos pusiéramos a comer con la mano hoy acá: no se caía nada.

Tampoco aquella vez se había caído ni un solo grano de arroz imaginario sobre mi pareo celeste. Y entonces pensé que cuando aquel recuerdo fuera solo mío no sería en verdad un recuerdo sino la

evocación de un recuerdo ajeno, y me pregunté qué forma tomaría en la memoria de los chicos que ahora lo escuchaban, y también si para ellos lo de los iraníes estaría impregnado de todo lo que representaba para mí: seguro que no.

Para entonces ya no escuchaba, perdida en la sensación de que la vida se me llenaba de agua (naufragio, tsunami) y pensé que mi única esperanza era la de no transitar esos cataclismos en mi modesto bote a punto de perder un remo y ni siquiera en la panza de aquel poderoso buque de la flota mercante iraní. Tenía que intentar mantenerme en el suelo firme que formaban los renglones en que se acomodaban las palabras que componían nuestras historias, nuestros recuerdos, una línea ni más ni menos imaginaria que los paralelos que ordenan la geografía terrestre, un trópico, la tibia línea de arena en que se puede estirar un pareo, tierra firme, recuerdos que pasan a ser solo míos a menos que los escriba, la estrategia de un náufrago para no enloquecer de soledad.

(Paréntesis)

La gente tiene una aversión natural contra los médicos. Está instalado que son viles, que no les tiembla la voz a la hora de comunicar malas noticias, algo que además hacen crípticamente con la única intención de mortificarnos, y no faltan quienes los ponen del lado de los conspiradores que si no encuentran la cura contra el cáncer es solo porque se trata de un negocio redondo del que no quieren dejar de comer.

Yo, en cambio, los venero.

En primer lugar aprecio su habitus, ese despliegue corporal y de recursos lingüísticos que se basa en un saber específico destinado a (esto me fascina) contradecir el natural funcionamiento de las cosas. Conozco muchos sociólogos que no saben y fluctúan en la impunidad de dedicarse a algo que, mal hecho, casi nunca hace daño a nadie. Los médicos saben y, si no, se los descubre pronto.

Cuando tenía veinte años, no bien conocí a Fabi, leí La insoportable levedad del ser. Recuerdo que en un pasaje Kundera dice algo así como que cuando Dios creó la vida de seguro previó las enfermedades, pero muy improbablemente a los médicos. Es verdad: su propia creación evolucionó al punto de contrariar la prevista decadencia del cuerpo (¡qué fascinante gesto de rebeldía!) un contratiempo en el plan divino en el que estoy del lado de los médicos una vez más.

Puedo recitar de memoria los nombres de todos los médicos que consultamos desde el principio de la enfermedad, que a vuelo de pájaro cuento en no menos de diez (Shapira, Méndez, Alvarenga, Solimano, Agranatti, Lavagna, Recondo, De la Vega, Niño, Yancovich, Costoya, Rodríguez, Peralta). Apenas una de todos me cayó mal, y creo que para cuando dejamos de verla había cambiado bastante. De ella yo decía: atiende a un tumor que de casualidad tiene a su alrededor a una persona. Fabián, por su parte, percudió sus formas frías y cortantes a puro chiste y llanto durante las entrevistas que, durante meses, tuvimos cada semana.

La última oncóloga fue Julieta, una doctora bajita y angelical que llegó de formarse en Barcelona unos meses antes de que nosotros fuéramos a parar a su consulta y a la que, por sus dimensiones, Fabián apodó cariñosamente La Petisa.

Una mañana de julio, cuando ya había pasado un año del naufragio, La Petisa nos avisó que cancelaría una de nuestras próximas citas, ya que sus hijos estarían de vacaciones de invierno y no tenía forma de organizarse. Entonces me abordó la inquietante sensación de que debía hacer algo: ¿cómo era posible que aquel ser superior tuviera que llevar niños a la calesita? Qué se perdía la humanidad mientras ella aplaudía algún muñecote de felpa en un espectáculo teatral de la avenida Corrientes? ¿No nos correspondía a todos los demás relevarla en alguna pista de patinaje sobre hielo mientras ella analizaba células cancerígenas bajo la lente de un microscopio?

Sentada en el consultorio en el que yo le ofrecía toda mi veneración, me vi en el espejo de esa mujer todopoderosa. Mientras ella cambiaba el mundo yo pasaba las horas cocinando budines, autorizando órdenes y (mi gran proeza) redactando composiciones en italiano. En esos días se me escapaba la temporada de congresos, había dejado ir la octava oferta laboral y mi producción literaria era tan escueta que normalmente no alcanzaba las cinco páginas semanales que me imponía con pretendido rigor. Me vi reflejada en ella y pensé: mi vida depende de La Petisa. Todo cuanto yo tenía que hacer era resistir, mantenernos en pie mientras ella encontraba la forma de que nos sobrepusiéramos a las siete plagas de Egipto. Lo de los budines era apenas un paréntesis.

Evolución de los sueños

Una noche soñé con una nena que tenía un caballo. Dos hombres la llevaban engañada a un precipicio en el que sobresalía un tronco y le decían que fuera hasta el extremo para apreciar lo que se veía desde ahí, una catarata caudalosa y blanca, ruidosa, y la nena iba, con su caballo que llegaba al extremo antes que ella. De pronto la marea crecía y una ola espumosa se lo tragaba; y la nena, en lugar de salir corriendo, se sentaba a llorar y a mí me daba impotencia verla ahí, sin moverse, hasta que el agua terminaba también por llevársela.

En aquel sueño yo no era la nena ni el caballo ni era ninguno de los hombres. Ni siquiera sé desde dónde miraba, o por qué no intentaba hacer algo; quizás era una película que yo miraba en mi casa sentada en el sofá, o en el cine. No lo sé.

Los sueños formaban parte del acervo que Fabián y yo compartimos en nuestro bote de dos remos, porque teníamos desde siempre la costumbre de contarlos, a veces en mitad de la noche. Él, bastante desmemoriado para todo lo que ocurría en la llamada vida real, retenía detalles y los contaba como si se tratara de episodios de una serie de Netflix. Creo que confiaba también en mi capacidad de escuchar; yo en cambio conocía a mi público, por lo que sintetizaba escenas, y de todos modos no hubiera sabido reconstruir lo que sueño con la precisión con que lo hacía él.

Los sueños de Fabián transcurrían siempre en el purgatorio de los años del final de su adolescencia, viajes con sus compañeros a los lugares a los que en verdad habían ido en su periplo hacia Armenia, o a alguno de los países latinoamericanos que recorrió mucho más tarde, en los últimos años, por su trabajo en el Mercosur. En ocasiones lo acompañábamos los chicos y yo, pero la trama era siempre más o menos la misma: él iba en un taxi o en un micro que de pronto se adentraba en zonas que, por una cosa o por la otra, parecían hostiles, y en algún momento perdía o le robaban el maletín, y no había forma de volver o de recuperarlo o de reencontrarse con nosotros. No es que soñara solo con esto, pero todas las noches transitaba complicaciones del estilo, y cuando se despertaba me decía: no sabés lo que soñé, a lo

que yo respondía contándole su propio sueño.

La única otra referencia a La insoportable levedad del ser que recuerdo hoy, veinte años más tarde, es aquella reflexión genial sobre estos temas: está claro que los sueños son una representación de nuestros deseos reprimidos y bla, pero ¿quién escribe los guiones? ¿Por qué esta trama y no otra? De todos los argumentos con que se puede decir que uno tiene miedo de morirse, o que quiere escapar o que anhela otra cosa ¿por qué soñamos los que soñamos? ¿Quién decide esas historias?

Lo mío era más variado. Cuando Fabi y yo nos conocimos yo solo tenía pesadillas que podrían resumirse así: alguien estaba por atacarme, pero yo me anticipaba y respondía con una destreza y una violencia de las que me sorprendía. Despertaba asqueada de lo que yo misma era capaz de hacer.

Cuando nacieron los chicos las pesadillas mermaron y dieron lugar a tramas en las que excepcionalmente se colaba algún muy mal sueño en el que, en ocasiones, había una mujer fantasmal y cruel que me cerraba el paso y yo tenía que atravesar su cuerpo inmaterial: el miedo que aquello me daba hacía que, para liberarme, debiera despertar.

Cuando Fabián enfermó soñé sistemáticamente con bichos (qué literal) a los que yo debía enfrentar y enfrentaba, siempre sin miedo aunque con suerte variada. Tiburones, plantas carnívoras, las enormes cucarachas de Madagascar que una vez un mago trajo a un cumpleaños de Cuca, un perro rabioso; lo que me da más miedo que todo eso junto: babosas.

Luego hubo una segunda tanda en la que (yo también) soñaba todas las noches con viajes. Hubo mucho New York, aquel viaje iniciático que hice sola a los diecinueve años, unos meses antes de conocer a Fabián, por lo que bien puede entenderse también como viaje de adiós a una forma de vida; sueños en los que en Londres o en París o en Edimburgo se nos iba el tiempo sin haber visto casi nada de lo fundamental. A veces me hospedaba con los chicos en algún albergue, casi siempre en Amsterdam, y quería mostrarles lo linda que era esa ciudad que yo ya había visitado pero me perdía en el tranvía, o en la calle, y no lograba hacerme entender.

Muchos de esos sueños transcurrían en un albergue puntual al que yo llevaba a mis hijos porque quería que lo conocieran, pero que no recuerdo haber visitado en la vida real. Tenía en mis sueños una nitidez tal que me obligaba a forzar la memoria: no se debería poder ver tan claro algo que no se conoce, pero parece que sí. Había un piano y unos sillones verdes con tapizados y mantas, y una pared decorada con platos; mi psicóloga dice que tal vez sea un lugar que yo sí conozco y en el que quiero mostrarle a mis hijos que vamos a estar bien, un refugio en el que la niña que fui pretende mostrarles que es posible la vida, una vida bella, incluso sin padre.

La niña que fui: quizás hay algo de ella en la nena del caballo y aun en la chica manca y con retraso mental con que soñé una noche. Ahora ella ocupaba mi habitación en casa de mi abuela, y nadie me creía que cuando estábamos a solas era hostil y que si no llegaba a matarme era por lo difícil que resultaba hacerlo sin manos.

Esa chica era la Julia del paréntesis, y me aterraba.

El guionista de mis sueños estaba abandonando

los enigmas.

Esa chica era mi fantasma.

Una lista

Cuando nos acercábamos al primer aniversario del naufragio, nuestra estrepitosa salida del mundo real se materializó en la repentina ausencia de biromes de las que Fabián y yo nos habíamos abastecido sistemáticamente durante casi veinte años en congresos, simposios, reuniones laborales, hoteles. Reparé en esto mientras andaba por los pasillos de la librería a la que fui a reponerlas, y por poco no me tiré al piso a llorar.

Hacía casi un año que yo no escribía una línea de mi tesis, que no participaba de ningún evento académico, que no trabajaba, que no tenía necesidad real de ponerme zapatos de taco más allá del día de la boda; no salíamos juntos a cenar, pero tampoco a tomar un té al bar de la esquina; mi ropa interior sexy permanecía archivada en un cajón que no se abría hacía demasiado tiempo; las botellas de vino se echaban a perder sin que pudiéramos compartirlas.

Tampoco dormíamos, porque durante la noche nos despertaban los dolores, o el ruido de la bomba de la sonda, o la alarma que indicaba la hora de la medicación. Algunas frases de Fabián comenzaron a quedar inconclusas, y mientras yo le hablaba muchas veces su mirada se perdía en el aire. Me desesperaba: una frase empezada es un compromiso a cumplir. Correspondía que yo escuchara todas las palabras porque eran mías, y al fin me eran negadas en un silencio inexplicable que no había modo de franquear.

La novedad era que Fabián había comenzado a escribir. Era una seminovedad, en realidad, porque en su adolescencia había tenido una desilusión sentimental y se había recluido unos días en Montevideo a componer unos poemas que siempre me negué a leer, no por celos sino por pudor. Todo lo genial que era hablando lo malograba cuando escribía. Su concepción de que al escribir hay que ser solemne (flagelo siempre en expansión) era fuente de acaloradas discusiones cuando me pedía que editara su producción académica. Me llenaba de intolerancia que esa forma de entender la escritura obturase su preciosa capacidad de decir.

En cualquier caso, en aquel tramo de la enfermedad Fabián volvió a la escritura. Garabateaba en anotadores con espiral y con renglones, que yo le compraba por encargo o le llevaba de sorpresa, y aunque a veces arrancaba alguna página en la que había escrito una carta y me pedía que la conservara para alguno de los chicos o para mí, casi todo permanecía en esas páginas que yo no estaba invitada a leer.

Muchas veces le pregunté qué escribía, y nunca logré que me dijera nada, salvo aquel día en que dijo:

—Estoy haciendo una lista.

Era una lista de las cosas que ahora tenía vedadas, y que deseaba con locura poder hacer una vez más, si los dioses se lo concedían. Ahora leo sus letras azules y transcribo:

Una comida en Parú: parrillada de mar con entrada de langostinos asados y salsas agridulces.

Una salida con Cuca: ida a la librería para comprar todos los libros que se nos antojen, con cierre de pizza en La Guitarrita.

Un día con Julia: en Chile, comiendo mariscos, tomando pisco, vino, Campari y haciendo el amor.

Un día en Disney con Fidel.

Los chicos y yo habíamos ido a Disney en 2008, con mi tía y mis primas. Cuando sugerí ese viaje, a Fabi le pareció buena idea que lo hiciéramos con ellas, ya que él no tenía intención de ir jamás. Fabián nunca pisaría suelo norteamericano. Todo el periplo le parecía denigrante: desde completar la visa hasta dejarse palpar en Migraciones al entrar a aquel país. Era incapaz de distinguir a Mickey de Pluto, y si sabía algo acerca del Pato Donald era por el clásico de la sociología de Dorfman y Mattelart. Pienso que aquel último deseo podría traducirse así:

Un día con Fidel, viéndolo disfrutar.

El tiempo de las últimas cosas

Cuando íbamos por el año y dos meses, a nuestras circunstancias dramáticas se sumó una nueva: perdí la capacidad de escribir. No la capacidad en el sentido del dominio, la posibilidad de sentarme y presionar las letras de un teclado, o de mover la mano dejando esa estela de tinta que conforma letras que, al agolparse, son a su vez palabras. Lo que perdí fue la destreza que engloba la identificación, en el torbellino cotidiano, de las ideas y cosas que merecen ser escritas, la capacidad de trasmutar su intangibilidad por medio de las propiedades de la palabra, la de recrearlas en textos con el sentido que tienen para mí, y así volverlo el único sentido; perdí además la disciplina para sentarme a escribir, y también el hábito.

Esto tenía que ver, entiendo yo, con mi estado mental y también con la realidad concreta de que por entonces terminar cualquier acción se había vuelto imposible. Me sentaba a corregir un paper para un congreso al que muy probablemente no asistiría y llegaba el paliativista, o la entrega de alimentos de la empresa de nutrición, o había que salir corriendo a la farmacia, o se había hecho la hora para un turno, o para ir a buscar a Fidel a la escuela.

Pero más que nada creo que mis dotes literarias habían quedado atrapadas en la literalidad de la vida. Si alguna vez me había valido de las palabras para darle sentido a las cosas, ahora las cosas tenían un sentido indiscutible, de una nitidez abrumadora. Lo que se imponía era lo que hubiera que hacer para mantener con vida a Fabi.

Mi incapacidad fue premonitoria. Al día siguiente de haber reparado en ella, cuando por primera vez en la vida tomar notas me resultó un esfuerzo sobrehumano, fuimos a la consulta con La Petisa, previa al turno de quimio, y antes de que ella abriera la boca supe que todo estaba mal. Su andar de hada era el de siempre, pero irradiaba menos de lo que fuera que solía irradiar. En su despacho de gestiones milagrosas, Fabián y yo nos sentamos frente a ella, y dijo que ya no había nada que hacer.

No sé qué hizo Fabi, porque yo me quité los lentes y me cubrí los ojos

con las manos. Quien tenga pensado hacerme llorar debe saber que lo hago ruidosa y torrencialmente. De modo fugaz me recordé en ese mismo gesto en un restaurancito perdido del Caribe mexicano en el que veinte años antes Fabián bromeó que era obvio que más tarde o más temprano yo terminaría por dejarlo por un candidato mejor.

La Petisa dijo que la expansión en la metástasis del hígado era tal que había tenido que pedir que chequearan que se trataba de la tomografía del paciente correcto. Al decirlo me tomó de una mano, y Fabián de la otra. Me aferré a los dos como si me desbarrancara.

Un mes antes la había llamado para hacerle una pregunta que, le advertí, era bizarra. Mi hija de catorce años quería de pronto una fiesta de quince, con su papá. Julieta preguntó cuándo cumplía los años. Faltaban diez meses. Dijo: Yo no alimentaría esa ilusión. Y tanto aquella vez como ahora, en el consultorio, me explicó lo mismo.

Las tres líneas de quimioterapia que habíamos intentado, y en las que habíamos fracasado sucesivamente, eran las probadas para el caso. Repetirlas era agregar toxicidad con todas las de perder, en un cuerpo violentado por los tratamientos que yo les había descripto a mis hijos como un ejército salvador que a su paso arrasa con todo. Julieta no sabía de drogas experimentales que cuadraran para nuestra situación y de dar con un protocolo de investigación en el extranjero, las chances de ser enrolado eran remotas e implicaban alejarse de todo, arriesgar demasiado. Ahora no podría reconstruir con qué palabras se dijo, pero lo que se dijo fue que dejaríamos de pelear contra la enfermedad para concentrarnos solo en paliar el dolor.

En cierto sentido nos aliviaba. Abandonaríamos así una batalla tan perdida de antemano que ni acreditaba para batalla, y nos dedicaríamos a otras cosas, más amorosas, si es que eso era posible. Ahí mismo depusimos nuestras armas, las dejamos a los pies de Julieta, y la vimos alzar su varita mágica para convertirlas en algo más, no sabría decir en qué.

Cuando salimos del consultorio sentí que entrábamos en otra dimensión.

Comenzaba el tiempo de las últimas cosas.

Rusia 2018

De pronto no había nada que hacer, aunque por las dudas me pasé la tarde repitiendo como un mantra ¿Y ahora qué hago?

Escribí un mensaje colectivo en el que anunciaba las malas nuevas y lo reenvié a nuestros familiares y amigos. Cada uno actuó de acuerdo con su naturaleza. Los que siempre tienen la palabra justa la tuvieron; los que no, hicieron su mejor esfuerzo.

A unos y a otros les respondí con un emoticón en forma de corazón rojo.

Llamé a Paula, que con su sabiduría ancestral evitó un cataclismo. Dijo que lo mejor era esperar a haber procesado todo un poco nosotros antes de contrale nada a los chicos.

El resto del día, con los niños en sus respectivas actividades, lo pasamos en la cama. Fabián me recordó que se había comprometido a donar sus órganos y me preguntó si me parecía bien (por supuesto que sí). Dijo también que siempre había pensado en que lo cremaran, pero que lo dejaba a mi criterio. Iba a explayarme sobre las razones por las que estaba de acuerdo pero dijo que no hacía falta. Me explicó que todas las cartas que venía escribiendo tenían consignado el destinatario y la fecha en que debían ser entregadas, y prometí seguir esas instrucciones. Hablamos de la economía familiar. Me pasó los contactos laborales a los que debía mantener informados sobre él y eventualmente recurrir si necesitaba trabajo. Planificamos la agenda médica de la semana. Me pidió que el sábado reuniera en casa a nuestros amigos. Nos dijimos palabras de amor. Le cambié el parche que le sujetaba la sonda a la mejilla.

Dijo que tenía miedo del deterioro y del dolor por venir (respondí yo te cuido), pero más que nada tenía una tristeza infinita por todo lo que iba a perderse (qué camino tomaría Cuca, a dónde llevarían los dibujos a Fidel) y las cosas que nos quedaban pendientes. La realidad indicaba que esa sensación terminaría para él cuando estuviera muerto, pero mientras tanto se vivía como la injusticia de que te

echen a patadas del cine sin mediar explicación cuando todavía falta mucho para que termine la película. Yo me sentía igual, pero le marqué el alivio de poder pasar sin armadura todo el tiempo que nos quedara. Tal vez el tiempo de las últimas cosas nos diera alguna inesperada oportunidad.

Esa noche Argentina y Ecuador se jugaban la clasificación al campeonato mundial de Rusia 2018. Contra todas las predicciones, Messi metió tres goles que aseguraron la presencia del equipo argentino en el torneo. Francia, Corea y Japón, Alemania, Sudáfrica, Brasil. Esos serían –habían sido— los únicos mundiales de fútbol que pasaríamos juntos. Todo indicaba que para cuando la selección argentina desembarcara en suelo ruso Fabián estaría muerto.

Hubiera querido que arrasara Ecuador.

Pero estaba claro que lo que yo quisiera no tenía importancia.

Ecuador

Si alguien dice Ecuador, yo pienso en el día en que aceptamos participar en el primer tratamiento. Después de firmar estábamos tan abrumados que salimos a caminar un rato antes de buscar el coche para volver a casa, y en ese paseo Fabi me hizo entrar a una mercería mínima y como de otra época para mostrarme la evidencia empírica de los relatos de sus recuerdos de la fábrica de lanas en la que había trabajado entre los trece y los dieciocho años. Me mostraba los ovillos como se muestran fotos en blanco y negro, y vi cómo la vendedora se emocionaba cuando le conté de la vez en que, flotando en la semitransparencia del Pacífico ecuatoriano, Fabián identificó y diferenció para los nenes y para mí la gama de azules que desplegaba ese mar según los tonos numerados de la cartilla de Lanas Hetesia.

Rusia 1982

Si alguien dice Rusia, yo pienso en unas botas de lluvia marca Pampero.

En 1982 yo tenía seis años y Fabián terminaba la secundaria. Mientras sus compañeros de escuela hacían vida de adolescentes, él había trabajado por años a contraturno en Lanas Hetesia, para tener con qué pagar el viaje de egresados a Armenia. Los demás tenían borceguíes, pero a Fabián sus ahorros apenas le habían alcanzado para unas botas de lluvia marca Pampero, amarillas. El contingente entró a Europa por Moscú, y cuando salieron del aeropuerto el frío era de una solidez abrumadora, punzante. Cuca dibujó esa anécdota en el video animado que preparó para el cumpleaños de cincuenta de Fabi: detrás de él las cúpulas imperiales de Moscú, y en sus pies aquellas botas amarillas mutan en dos bloques de hielo celeste.

Liga de la injusticia

Los remedios oncológicos tienen nombres de villanos de Marvel. Fabián debió vérselas, uno detrás del otro, con Cisplatino, Capecitevine, Cincofú, Irinotecán. Cuando todos ellos nos derrotaron y Julieta dijo que había llegado la hora de Taxanos, yo dije: no. Pero Julieta y Fabián dijeron: sí. De modo que fue sí. Y luego de que Taxanos dio el golpe final, ya no nos quedaron opciones.

Tengo la sensación de que esta liga de la injusticia fue incluso más letal que el cáncer, y tengo asociada cada medicación con una etapa del deterioro físico de Fabi. Para cuando Taxanos terminó el trabajo, el banquete que siempre había sido para mí el cuerpo de mi marido era por completo otra cosa. Al entrar a nuestra habitación lo encontraba ovillado como una araña gigante, las escuálidas patas largas plegadas como si buscara ocupar el menor espacio posible, restarle terreno al dolor, los omóplatos filosas aletas que transportaran un pez frágil, el esqueleto de un pez frágil quieto como jamás lo habrá estado ningún pez.

Pasaba casi todo el tiempo conectado a la sonda de nutrición, pero como su aparato digestivo era una calamidad y ya no procesaba nada, lo único que se alimentaba era la ilusión de que con eso ganábamos tiempo de vida. Apenas podía tragar un poco de agua.

A mis nueve años asistí al funeral del papá de una compañera del colegio. Aquel fue el primer muerto que vi, y me impresionó que la nariz se le había puesto angulosa como no había sido cuando estaba vivo, y la piel, que de pronto parecía una fina película semitransparente, había tomado un color que no era el de un cadáver sino el de un muñeco de cera. Todo eso se repetía en Fabián: era, literalmente, como si estuviera extinguiéndose. Solo el gesto desesperado en su mirada permitía saber que en verdad estaba vivo.

Sin embargo las cosas funcionaban así: estábamos juntos en la cama y yo me incorporaba para ir al baño o a la cocina, o me ponía de espaldas a él para dormir, o tan solo apagaba la luz, y en cuanto Fabián salía de mi campo visual por un instante mi representación

mental de él era la de los buenos tiempos. Lo mismo si hablábamos por teléfono cuando yo estaba en la calle: aunque el bicho del esófago había cambiado su voz por una afonía permanente, al hablar con él yo hablaba con el de antes, y con toda naturalidad. Cada dos por tres le preguntaba: ¿querés ser mi novio? A veces él me decía que sí y otras, tan solo se ponía a llorar.

Incluso si lo tenía enfrente, aun si veía lo que veía, algo que hoy puedo describir con todo detalle, yo tenía la capacidad sobrenatural de ver otra cosa, como si la vida real fuera lo que había sido y el presente solo una falsa y transitoria superposición. No era negación: yo sabía mejor que él que se moría y que sería pronto. La mía era una capacidad de abstracción como no tuve jamás en ninguna otra circunstancia, la posibilidad de reponer algo que ya no estaba de una manera tan simple que hoy me resulta misteriosa.

Invisible

En esos días nos embarcamos en una patriada que, vista retrospectivamente, parece inviable en aquellas condiciones. Fabián había trabajado para un organismo internacional y quería dejar todos los papeles en regla, por lo que compramos pasajes aéreos a Montevideo para ir y volver en el día. Al pasar por Migraciones el oficial nos ahorró las inquietudes que surgían de las diferencias entre el hombre de la foto del documento y quien se lo entregaba, pero no pudo evitar el incordio que generó el hecho de que el escáner fuera incapaz de registrar sus huellas dactilares.

Era como si Fabián estuviera extinguiéndose.

Cisplatino, Capecitevine, Irinotecán, Cincofú, Taxanos: alguno de ellos le había robado, además de todo lo demás, los imperceptibles surcos que hacen de cada uno cada quien, como si de pronto mi marido no fuera nadie.

El agente rompió al fin todas las reglas: si Fabián tenía intenciones de viajar para asesinar al presidente o hacer explotar un jardín de infantes, dio por descontado que no habría tenido fuerza ni para gatillar un arma o detonar una bomba, por lo que le agradeció y le devolvió los papeles.

Y detrás pasé yo, y me resultó insólito que mis huellas dactilares todavía pudieran verse.

Salvador

El jueves de la semana en que Julieta nos dijo que ya no había nada que hacer, tuvimos en casa el control semanal con el paliativista, un uruguayo extremo, un estereotipo de una calma inquietante, parsimonioso. Estoy segura de que si se encontrara en la playa leyendo en una reposera y sonara la alarma que anuncia un tsunami, él plegaría el diario y se lo acomodaría debajo de un brazo antes de salir caminando a paso lento. De nombre y apellido yugoslavo impronunciable, se hacía llamar Salvador para que sus pacientes pudieran dirigirse a él de alguna manera.

Aunque Salvador vivía a dieta pronto aprendí que recibirlo bien era recibirlo con café y chocolate. Fabián, por su parte, preparaba especialmente temas de conversación sobre historia de la resistencia uruguaya que fascinaban al invitado, un poco por la historia en sí y otro poco por la biografía de su familia, parte de la Resistencia desde antes de haber subido a un barco por primera vez.

Como de costumbre los dejé solos durante casi toda la visita: desde hacía tiempo la parte médica, que me convocaba, se resolvía con recetas escritas luego de esas conversaciones (eso aparte de las palabras de aliento con que rodeaba la solidez de la verdad absoluta que me había dicho mucho antes de que todos nuestros intentos fallaran: Fabián se iba a morir, y pronto).

Cuando Salvador se fue me metí en la cama y mientras Fabi leía dormí dos horas de siesta en las que tuve un sueño tan literal que ni diván ameritaba: yo manejaba por una autopista que de pronto se cortaba al vacío. Después nos levantamos, y mientras Fabi intentaba arreglar tres libros que había mordido el perro y yo rebozaba milanesas, me contó que le había hablado a Salvador con una franqueza total.

Ya sin posibilidades de cura, con la sola aspiración de mitigar el dolor, el paliativista terminaría por volverse nuestro principal aliado. Fabi, que nunca había podido pedir un café sin antes haberse hecho querer por el mozo, se sentía muy a gusto con aquel uruguayo, pero necesitaba que le respondiera dos cosas: una, si tenía disponibilidad, si

podía ser llamado cualquier día, a cualquier hora y seguirnos a donde fuera; y dos, si estaba dispuesto a bancarse la situación. En suma: si podía ayudarlo a morir bien, lo mejor posible, todo lo bien que se pudiera.

Salvador hizo honor a su nombre postizo y dijo a todo que sí, y eso fue lo que Fabi me contó mientras yo preparaba la cena. Me acerqué a él, con las manos arenadas de pan rallado, y lo abracé con delicadeza, un poco para no ensuciarlo y otro poco porque estaba tan frágil que parecía que fuera a quebrarse. Durante lo que me quede de vida, cuando piense en Salvador pensaré en milanesas, no solo por aquella escena sino por lo del ajo y perejil.

Una tarde le conté contrariada el episodio que había tenido con un amigo que casi me trató de necia cuando muy amorosamente rechacé su receta alternativa (la número mil) contra la enfermedad. Salvador dijo: Cuando el cáncer se cure con ajo y perejil, a los pacientes van a darles ajo y perejil, y el ajo y el perejil van a pasar a costar miles de dólares, no se van a conseguir en ninguna parte salvo en las prepagas, y la gente en todo caso se va a morir al no poder pagarlos, pero no lo van a esconder, se van a encargar de que todo el mundo lo sepa: ¡el cáncer se cura con ajo y perejil! Y después se lo van a cobrar fortuna, miles de dólares, y la gente va a hipotecar la casa, y le van a dar ajo y perejil en cuenta gotas, van a mantener a la gente viva para que pueda seguir pagando.

Receta alternativa número mil

La noche anterior no habíamos dormido. Un estudio había confirmado una nueva trombosis, y debimos esperar largas horas para interceptar a un hematólogo con aspecto de leñador al que hacía meses no veíamos pero que al vernos se mostró ofendido: al parecer esperaba visitas regulares que ni se nos había ocurrido hacer urgidos por las que habían pautado los oncólogos. El leñador me respondió tan mal que cuando iba a abrir la boca para hablar comprendí que al menor intento de decir algo yo iba a llorar, por lo que solo callé e hice un gesto con las manos como quien espanta un bicho, como quien dice ya está. Apenas escuché cuando nos citaba por la tarde en otro consultorio, uno que quedaba lejos y donde el leñador trabajaba a la hora en que los chicos ya estaban en casa, lo que volvía todo más complicado. Al girar vi que Fabi contenía el dolor en su posición de gárgola. Escuché entonces la llegada de una notificación y miré el teléfono: Es lo último que te pido que pruebes. Foto de una planta con forma de alcaucil.

Escribí: Ya nos lo comentaron, y Fabi no quiso. Igual intento [mentira]. Gracias mil [carita de besito].

Respuesta en audio [aprox.]: Ya no se trata de lo que Fabi quiera o no quiera, el cliente que me lo recomendó tenía lo mismo que él y mejoró. Fabián no tiene nada que perder.

Pensé en escribir: ¿Lo mismo es cáncer en la unión esófago gástrica con metástasis en hígado, pulmón y ganglios, dos trombosis e imposibilidad de alimentarse de forma normal por obturación del esófago a causa del tamaño del tumor central?

También pensé en todo lo que Fabi tenía para perder, por ejemplo, en caso de que la tal cura mágica que no podría tragar obstruyera la sonda por la que debíamos pasarla y entonces se malograse su única forma de nutrición, o si lográramos dársela y le produjera una diarrea, porque hacía meses solo se alimentaba con un preparado químico especial para su estómago devastado, y entonces ¿por qué arriesgar un día en la vida de alguien a quien le quedan tan pocos por una solución

que en las dietéticas se vende más barata que los porotos y cuya sola mención es un insulto a la inteligencia?

Mi psicóloga prácticamente había prescrito que respondiera a esos mensajes con un corazoncito, y sin embargo respondí con un amoroso audio en el que agradecía y explicaba que sí importaba lo que Fabi quisiera, que sí tenía mucho para perder y que bla, mensaje a partir del cual los de nuestro amigo ya no recuperarían la frecuencia de antes, quizás lo había ofendido, quizás me considerase necia por renunciar a su solución mágica.

Por lo que sí, renuncié, guardé el teléfono en la cartera, caminé hacia Fabi y me senté junto a él. Nos quedamos un rato así; entre el leñador y la cura mágica esa mañana ya habíamos perdido mucho de que lo que nos quedaba, y necesitábamos unos minutos para recuperar fuerzas y volver a casa, a todo lo que había para perder, que en ese momento, resultaba infinito.

Síndrome de Batman

Si uno se propone justificar lo injustificable en base a la máxima zen de que todo sucede por una razón, y que esas razones siempre son buenas, todas las injusticias tienen su justificativo. Quizás fuera mi propio deterioro intelectual, pero durante la enfermedad de Fabi más de una vez me encontré entregada a ese ejercicio infame.

Pensaba en lo útil que me resultaba al fin el haber contraído lo que siempre llamé Síndrome de Batman (y que en los últimos años en ocasiones también llamaba el Síndrome de Harry Potter). Cuando yo era apenas una bebita, un grupo de tareas de la última dictadura secuestró a mis padres, militantes de base de la izquierda peronista. A la patota le hubiera bastado la sola intención para matarme sin consecuencias, o el descuido sin que siquiera mediara la intención. Que de esa escena de destrucción, que para mi pequeña familia tuvo las dimensiones de la bomba atómica, yo hubiera no solo terminado viva sino además bajo la algodonada protección de mis abuelos fue una primera instancia de blindaje, un primer revestimiento de omnipotencia como solo conocemos los débiles que sobrevivimos al despliegue de la más profunda crueldad.

Ahora que tenía que poder con todo, qué bien me venía esa omnipotencia…

Ya dije que sabía que Fabián se estaba muriendo. Me lo habían confirmado La Petisa y Salvador, pero ni siquiera necesitaba que ninguno de los dos me lo aclarase: saltaba a la vista que mi marido tenía los días contados. Sin embargo quiero decir que nunca dejé de creer que podría curarlo.

Yo solita. Sin médico, ni quimio. Sin súper poderes. Sola con mi determinación. Como Batman. Es tan solo una aclaración, un comentario, pero sería mezquino no hacerlo, porque si no quien lea esto podría quedarse leyendo con la sensación de que yo comprendía las cosas y procedía en consecuencia. No era así, y por eso lo aclaro. Dicho lo cual ya podemos volver a la historia de cómo no pude hacer nada para salvar a Fabi.

Parábola de las millas

Una cosa más, antes de seguir. Por lo general, durante este proceso, además de triste me sentía enojada. Era un enojo cósmico, y el hecho de que en un mundo lleno de proxenetas, narcotraficantes, sicarios, nazis y neonazis, pedófilos, secuestradores y no sé cuántas cosas más que viven hasta los mil años mi marido estuviera condenado apenas pasados los cincuenta me llenaba de rencor.

Fuera de eso, también estaba llena de reproches hacia Fabi. Hubiera querido echarle en cara todos los pendientes, todo lo que habíamos pospuesto o descartado porque muchas veces el componente temeroso de su psiquismo le hacía tomar la opción conservadora. Ejemplo: como él viajaba mucho por su trabajo, teníamos millas suficientes para recorrer el mundo. Sin embargo cada vez que yo planteaba hacerlo aunque implicara endeudarse, Fabi objetaba que los chicos todavía eran chicos, o que mejor cambiar el coche o simplemente ahorrar. Llegado el momento, viajaríamos. Cuando doy este ejemplo siempre alguien me responde que en verdad viajamos muchísimo, pero si uno intenta listar las cosas que pudieron haberse hecho y no, son infinitas.

También me desquiciaba que, sabiéndose desahuciado, Fabián no se hubiera lanzado a conquistar todos sus pendientes, superar sus propios límites, ir más allá en todos los planos como lo hubiera hecho en el cine de Hollywood el moribundo ideal. Al revés: desde el momento en que se supo enfermo se vació de iniciativa, se dejó llevar por la mía cada vez que pudo, y cuando no, no. Al principio su pasividad era tal que temí que no fuera lo bastante aguerrido para enfrentar lo que le tocaba, pero después pude comprobar que si en una dimensión de la vida le quedaba algo de determinación, era en su disposición a hacer lo que estuviera a su alcance para ganarle (aun cuando eso era imposible) a la enfermedad.

En cualquier caso: sí, yo estaba llena de reproches, y no, apenas comencé a sugerirlos comprendí que debía callar, morderme la lengua si hacía falta, pero ¿qué tan perversa hay que ser para reprocharle a un moribundo todo lo que dejó para después y todo lo que no puede

hacer para salvarse?

Así que solo me enojaba abiertamente con Fabi cuando él no comía (aún sin comprender que se trataba de un impedimento físico) o cuando él no dimensionaba el abismo que el cáncer había instalado en su alma y renegaba de encarar cualquier cosa desde el punto de vista psi (la literalidad de la vida, según él, no dejaba lugar para el análisis).

Esa sombra de enojo que eventualmente Fabián vislumbraba en mí alcanzaba para que se sintiera herido más allá de lo tolerable y llorara con desconsuelo todas las lágrimas que había reprimido el chiquito del tren, por lo que aprendí no solo a tragarme las palabras sino también a controlar la expresión de mi rostro. Cuando entraba a nuestra habitación o volvía a casa desde la calle, aunque hubiera llorado, aunque estuviera llena de preocupaciones y hasta de enojo, hacía una operación mental que limpiaba mis facciones, como esos payasos que se pasan la mano frente a la cara hacia abajo y muestran un gesto triste, y al pasarla de inmediato hacia arriba revelan una cara feliz. No era algo artificial, sino algo de lo más genuino que hice en mi vida: tratar de garantizar que el siguiente rato, la fracción del resto de lo que nos quedaba, estuviese lo más limpia posible de rencor.

El banquete

Notas textuales de mis apuntes de por entonces:

Mes quince de la enfermedad. Lunes de quimio. Por alguna razón los días de quimio son los mejores.

Con su pasado de niño pobre Fabián tenía severas limitaciones para disfrutar del dinero. No era para nada tacaño, y nuestra economía familiar funcionaba así: él siempre ganaba al menos el doble, a veces el triple que yo. Sin embargo yo manejaba todas sus cuentas bancarias, tenía todas sus tarjetas de débito y extensiones de las de crédito. Al salir de casa por la mañana Fabi me decía: ¿Me das plata?, como lo haría un chico, y salía con su tarjeta Sube y lo justo para un café y unos chicles, no mucho más.

Pero todas esas limitaciones para disfrutar del dinero se evaporaban cuando se trataba de libros. Hace poco recordé que, cuando lo conocí, él prácticamente no tenía literatura, ya que su biblioteca compilaba volúmenes de historia, política y sociología. Con los años eso cambió, y sobre el final nuestra biblioteca de libros de cuentos y de novelas constaba de tres cuerpos, del piso al techo. Creo que construyó esa biblioteca para los chicos y para mí, mientras, de paso, se daba una panzada de lectura.

La forma que Fabi encontró para habilitarse esas compras compulsivas fue focalizar en los libros usados. Todos (todos) los sábados por la mañana se dirigía a El Banquete, una librería donde el dueño y los empleados lo recibían como a un amigo (nivel: los invitamos a nuestro casamiento) y le ofrecían títulos que le reservaban espontáneamente durante la semana, por conocer sus preferencias (y por saber que el sábado, sin falta, él estaría allí) temáticas y sobre el estado material: solo libros impecables. Cuca se volvió su compañera de esos programas al punto que Fabi terminó por abrirle una cuenta corriente, y los empleados separaban también libros para ella.

El broche de oro de esas incursiones era un ritual que implicaba que, de regreso, yo me metiera a la cama con Fabi y él fuera sacando, de a

uno, los libros de la bolsa. Yo los tomaba, uno a uno, leía la contratapa y, o bien se lo devolvía, o bien lo colocaba en mi pila de pendientes. Cuando era el caso, Fabi me decía No, gorda, basta, ya tenés un montón, pero en verdad estaba contento por haberme cautivado con alguna de sus elecciones. Luego hacía como que se daba por vencido y subía con la bolsa a la biblioteca para ubicarlos alfabéticamente entre todos los demás.

Mes quince de la enfermedad. Lunes de quimio. Por alguna razón los días de quimio eran los mejores, por lo que un lunes por la tarde nos congregamos Cuca, Fabi y yo en El Banquete. Fabián era ya un esqueleto viviente, lo que no le impidió subir a la escalera portátil para revisar los anaqueles superiores. A sus pies yo fingía revisar los de abajo, pero solo montaba guardia por si perdía el equilibrio.

Entró una clienta a consultar por Alessandro Baricco, y antes de que el vendedor pudiera abrir la boca yo le pregunté qué había leído de él. Solo Seda, dijo, por lo que le recomendé Sin sangre; señalé a Fabi y a Cuca para agregar que a ellos les había encantado Tres veces al amanecer, pero que yo lo había abandonado en las primeras páginas, y le dije que definitivamente no leyera Mr. Gwyn, que me había parecido horrible. Dije además que el problema con Baricco era que o bien podía fascinarte o bien ser la gran decepción, a lo que desde la escalera Fabi opinó que yo exageraba, Tres veces al amanecer estaba buenísimo, y Cuca agregó como prueba de que mi criterio era dudoso que a mí tampoco me había gustado Novecento, mientras que a ellos dos les había encantado.

En todo caso, Fabi, todavía en la escalera, buscó a Baricco en el estante correspondiente: estaban Esta historia (le dije a la señora que se lo recomendaba mucho), Océano mar (ese mejor no), La esposa joven (sobre el que Fabi dijo que estaba bueno y yo no pude opinar porque hasta el día de hoy permanece en mi pila de pendientes) y Emaús (hubo cierto acuerdo en que mejor descartarlo). Luego de eso le pregunté a la clienta si había leído a Amelié Nothomb y tomó nota de mis sugerencias. Y cuando todo eso terminó nos agradeció los comentarios y nos preguntó cuánto costaba Océano Mar, y solo entonces supo que no éramos libreros sino simples (no tan simples) clientes.

La biblioteca que Fabián armó ocupa dos habitaciones cubiertas de

libros del piso al techo. A partir de que se enteró de su enfermedad ese fue su único gran proyecto. Leía compulsivamente, pero más que nada compraba libros. Empleaba todo el tiempo en que podía estar en pie en ordenarla, mientras decía cosas del estilo de Me están faltando Bioy Casares, o Creo que estamos muy bien de autores franceses.

Mientras todo eso ocurría yo pensaba que si mi vida fuera una novela de Paul Auster, el personaje de Fabi dedicaría el resto de la suya a ese plan como quien garantiza su presencia post mortem, un proyecto de perpetuidad ante la posibilidad (y la desesperación) de morir, pero no una perpetuidad abstracta, filosófica o poética, sino producto de la astucia: ni sueñen con olvidarme tan fácilmente. Un camino no hecho de migas de pan duro sino de caramelos o de chocolate, una trampa hipnótica para habitar entre nosotros por siempre.

Un plan, en suma, digno de él.

Un encargo especial

A los amigos se les piden banquetas para un festejo en el que las sillas disponibles no son suficientes, un libro tomado al azar de la biblioteca, el dato de un plomero o gasista, vestidos, un aventón, un taladro, la receta del budín de pan. Qué hubiera sido de nosotros sin nuestro elenco estable de gente dispuesta a todo: no lo sé.

Esa disposición fue una sorpresa para Fabián, que en las buenas épocas solía ser más bien un amigo desatento y, diría, por momentos desconsiderado. El primero en irse de las reuniones sociales, siempre listo también para ausentarse, con la perfecta excusa de que viajaba mucho y quería estar en casa, lo cual era cierto pero su esencia escurridiza era muy anterior a la rutina de viajar, solidificada en aquella infancia en la que debió aprender a apañárselas solo. Con los años había terminado de sellar esos aspectos de su personalidad con una mirada supuestamente nacida gracias a su profesión de sociólogo, como si entender conceptualmente lo social lo habilitara a mantenerse al margen. Hablábamos de estas cosas así, con todas estas palabras, y yo me reía de que muchas de las convenciones sociales que Fabi alardeaba de percibir cuasi como objetos de laboratorio estaban más presentes en él que en los demás (solo por dar un ejemplo, el amor romántico o su versión más diplomática, el matrimonio).

Fabián tenía dos grandes amigos (uno de la infancia y otro más reciente) y unos cuantos con los que mantenía una relación algo más superficial. Yo, en cambio, conservo una banda que me acompaña desde la cuna y que fue engrosándose en el transcurso de los años, y soy devota de esos vínculos. Primero quizás por propiedad transitiva, pero luego por genuino amor hacia él, mis amigos terminaron por ser también los de Fabi.

El día siguiente al diagnóstico mi amiga Mai me llamaba con insistencia pero yo no podía atender, por lo que dejó un mensaje en el contestador: un amigo de ella, alguien a quien nosotros no habíamos visto nunca, se había enterado de las novedades y quería donar toda la medicación oncológica que Fabi fuera a requerir en el transcurso de sus tratamientos. Al fin no la necesitamos porque la cubrió nuestra

obra social, pero es un buen ejemplo de cómo eran las cosas. Todavía sigo sin conocerlo, y solo sé que lo llaman Chispa.

Así, fui aprendiendo que podía pedir lo que fuera, desde ayuda con trámites hasta chocolates o marihuana, pero lo peor fue cuando comprendí que se acercaba el final y que, cuando eso ocurriera, sería incapaz de meter a mi amor en una desoladora caja de madera para exponerlo entre bizarras coronas de tristes flores en una cochería de la Avenida Córdoba.

Llamé a Paula y le pregunté qué hacer con eso, a lo que respondió: decidís vos, no hay mejor o peor (para los chicos, que era lo que me importaba); es lo que vos quieras. Como Fabi me había dicho lo mismo (lo que a vos te parezca bien, porque ninguno de los dos le daba importancia a lo que ocurriera después de la muerte) hablé con mis amigas Caro, Mai y Pau y les pedí que se encargaran de que, cuando llegara el momento, todo estuviera listo.

Por supuesto dijeron que sí.

Y entonces yo les dije exactamente lo que quería.

La ceremonia del adiós

Lo que quería se inspiraba en la forma en que Fabián y yo habíamos entendido la muerte durante toda nuestra vida juntos.

En otro de los acuerdos tácitos que se pactan en veinte años de pareja, ni Fabián ni yo nos habíamos regalado mutuamente para aniversarios o cumpleaños cosas necesarias. Yo a él: un molinillo de café, una cava, una raclettera, escapadas de fin de semana; él a mí: cuadros, zapatos, vestidos, perfumes, cantidad de libros.

El 17 de noviembre de 2017 cumplíamos un año de casados. ¿Qué se le regala a un marido que no come, no viste más que las dos o tres mudas que no le quedan gigantes y que ha decidido que sean las únicas porque para qué invertir en el vestuario de alguien que se muere, que posee libros más allá de los que la extensión de su vida le permitirá leer, que ya no usa perfume porque siente que la belleza no cuadra con su estado? No fue fácil decidir, pero al fin le compré un block de hojas rayadas y algunas biromes, con las que continuó el plan de escribir cartas para los hijos y algunos amigos, además de tomar las notas que quisiera.

Él a mí me sorprendió con La ceremonia del adiós, en el que Simone de Beauvoir habla de la muerte de Sartre y en el cuyo prefacio se lee:

He aquí el primero de mis libros —sin duda el único— que usted no habrá leído antes de ser impreso. Le está enteramente consagrado pero no le atañe.

Cuando éramos jóvenes y al término de una discusión uno de los dos triunfaba con brillantez, le decía al otro: “¡Lo tengo en una cajita!”. Usted está ahora en una cajita; no saldrá de ella y no me reuniré con usted: aunque me entierren a su lado, de sus cenizas a mis restos no habrá ningún pasadizo.

Las fiestas

La ceremonia del adiós se hizo particularmente ardua después de eso, porque vinieron las fiestas de fin de año (que para nosotros incluyen mi cumpleaños y el aniversario de nuestra primera boda) y flotaba en el aire la certeza absoluta de que serían las últimas en que Fabi estaría con nosotros.

Fingimos demencia. Quien quiera juzgarnos que haga el ejercicio mental de visualizar el próximo primero de enero sin estar ahí.

El 15 de diciembre festejé mis cuarenta y uno en la terraza remodelada el verano anterior, cuando pensaba que no saldríamos de vacaciones y pasaríamos mucho tiempo en casa, aunque finalmente cometí la equivocación de arriar a Fabi a Río y ni allí ni en Buenos Aires conseguí que saliera de la cama por más de un par de horas en las que prácticamente no asomó la nariz al sol más que para ir al sanatorio.

Festejé en la terraza porque calculé que el 15 de diciembre haría un calor infernal y los invitados querrían prender el aire acondicionado que Fabi ya no soportaba, pero en la terraza hacía un calor infernal al punto que Fabi no lo soportó y se retiró más temprano.

En Navidad en Adrogué pasó la mayor parte de la noche en la cama, y el 31 de diciembre, en casa, prácticamente no se levantó. Año nuevo fue mucho mejor. Vinieron amigos y aunque no pudo comer permaneció en la mesa y estuvo animado. Ese día conocimos al novio de una amiga y me pregunto cuánto del Fabián que conversó con él se parecía al Fabián de siempre.

Ni Fabi ni yo, ni nadie, lloró en ninguno de los brindis que se hicieron en ninguna de esas celebraciones.

Era el acuerdo tácito número un millón, y este en particular rige desde antes y para siempre.

Tiempo suplementario

Como la escapada del verano anterior a Río había sido un fracaso, este verano mis hijos y yo nos habíamos resignado a no proponer nada, lo cual era el menor de nuestros problemas. Sin embargo Fabi nos sorprendió con la idea de alquilar una casa en las afueras de la ciudad, y el primero de enero cargamos el coche con nuestros bártulos de verano, a los que sumamos los de la enfermedad (pie de sonda, alimentos para nutrición enteral, medicamentos, jeringas, algodones, drogas) y fuimos a pasar el tiempo suplementario a una casa en un barrio cerrado de Tigre.

Para entonces Fabi no podía hacer más esfuerzo que el de trasladarse a sí mismo, pero yo estaba tan exultante que no bien llegamos desempaqué y nos instalé en aquella casa como quien se muda a una vida nueva.

Una casa enorme. En un ala que daba al frente estaba el dormitorio principal más otros dos, uno para Fidel y otro para Cuca, además de dos baños. Un pequeño estudio comunicaba este sector con el living y la cocina, que daban a su vez a un cuidado parque con pileta.

Fabi pasaba la mayor parte del tiempo en nuestro dormitorio, en un sillón que le venía muy bien para acotar el dolor en posición de ovillo, la cabeza cada vez más hacia abajo, los ojos cerrados casi todo el tiempo. A veces se levantaba para ubicarse en un sofá de la enorme galería, o bien en alguno de los del living.

En el mes diecisiete de la enfermedad, nuestra llegada a la casa coincidió con la aparición de una nueva molestia, una especie de chiflido que se le escuchaba a Fabi al respirar, y que evocaba sin remedio la metástasis en los pulmones. Coincidió también con la instalación de un mal humor casi permanente, que primero asocié a la molestia respiratoria y después al hecho de que en ese lugar tan hermoso todos pudiéramos disfrutar mientras él apenas sobrevivía. El poco rato que salía de nuestra habitación lo empleaba en criticarme a mí o a los chicos: dejaste la luz encendida, o bien dejaste la puerta abierta y hay mosquitos, o bien dejaste tirada la toalla húmeda.

Incapaz de controlar nada, se había propuesto controlarlo todo. Era insoportable, por lo que Cuca se posicionó a una distancia hostil parecida a la de los inicios y Fidel a una prudencial: era cariñoso pero se escabullía. Un día Cuca dijo que quería invitar a unas amigas (lo que era parte del plan original al alquilar la casa, y por eso habíamos elegido una en la que los amigos de los chicos podrían acampar en el living sin interrumpir el descanso de Fabi). Yo dije que sí pero él dijo: Casi no me saluda, así que no va a ocurrir.

Cuando intenté mediar Fabi se enojó conmigo y dijo algo así como que la última vez en que lo había contrariado (yo ni sabía cuándo, nunca en mi vida fui tan complaciente con nadie) había recrudecido el dolor. Y entonces me enojé yo, porque su locura era mi límite.

Creo que para entonces él estaba tan desdibujado y tan fuera de sí que confundía devoción con sumisión. En verdad, no me sorprendía. En ese punto era como el animal herido que tira tarascones cuando alguien se acerca a curarlo. Recordé una escena que vimos al ir a una consulta para el primer tratamiento. Subimos en el ascensor con una mujer en silla de ruedas. La mujer era obesa y canosa, estaba despeinada, pálida y tenía una voz ronca y dolorida con la que maltrataba al hijo, que llevaba la silla. El hijo tenía aspecto de muerto vivo, con ojeras violetas y una cara pos apocalíptica que hacía que uno se preguntara cómo no abandonaba a esa mujer en cualquier lado y se daba a la fuga. Y no solo no lo hacía sino que respondía a todo sí, mamá, quédate tranquila. Recuerdo que al verlos pensé: aun cuando a Fabi le gane el dolor, nunca voy a dejar que me maltrate de esa forma. Porque sabía (o deseaba) que nos esperaba un proceso largo, y para mantenerme en pie iba a necesitar que el amor permaneciera intacto.

Durante el resto de aquella tarde no le dirigí la palabra, hasta que en un momento apareció en el parque en malla y me pidió que lo ayudara a meterse a la pileta. De haber tenido que ayudar a mi abuela de noventa y cinco años no hubiera sido más cuidadosa. Era como si al primer desliz mi marido fuera a quebrarse, por lo que bajó despacio, de mi mano, y se mantuvo quieto, junto a mí, lágrimas silenciosas en sus ojos y en los míos; Fidel intentó disimular las suyas y Cuca, en la reposera, cerró los ojos. No había pasado ni un minuto cuando Fabi me pidió que lo ayudara a salir, y esa fue la única vez que se metió al agua en nuestro mes en Tigre.

Aquella noche tuve una crisis de llanto y entonces me consoló por última vez. Me acosté de espaldas a él y él, lo que quedaba de él, se pegó contra mi cuerpo. Aproveché el reencuentro para decirle dos cosas. Una, que no volvería a permitirle decir que yo era la causante de su dolor (lo que por otra parte negó haber dicho) y otra, que en su lugar no malgastaría un solo instante en decir que alguien dejó la puerta abierta o la toalla en el suelo. Y dicho esto dejé de hablar y recibí dócilmente sus besos en los hombros y por última vez Fabián fue mi refugio, uno huesudo y tan distinto y a la vez tan esencialmente igual al que me había guarecido en los últimos veinte años.

Notas

A la casa de Tigre llegaba una vez por semana un segundo paliativista que no se parecía en nada a Salvador pero que también nos gustaba, porque era igual de aplicado y sincero, y al que llamábamos Puma porque era idéntico a un actor de la tele al que llaman de esa forma. Al escuchar el chiflido en el pecho de Fabi indicó nebulizaciones, así que mandé a buscar nebulizador a casa y las preparé. Cuando hicimos las primeras recordamos que cuando Cuca era bebé tenía pánico del ruido de ese aparato, así que fingíamos que era un micrófono y cantábamos Viento-viento-o/ estoy contento viento-o.

El resto de los cuidados necesarios eran menos emotivos. Hacía mucho que Fabián no podía tragar las píldoras con que calmaba sus dolores: las diluía en agua en una cucharita inclinada, cargaba el líquido en una jeringa y se las pasaba por la sonda que tenía en la nariz. Hacía lo mismo con las gotas de metadona, que había comenzado a consumir en reemplazo de la morfina, que ya no lo calmaba.

Aunque al principio yo administraba esos remedios y le aplicaba las inyecciones de anticoagulante, Fabián de a poco fue haciendo todo eso por sí mismo, y a eso se reducía su autonomía. Si yo estaba en la habitación (y casi siempre estaba) durante los parsimoniosos rituales que implicaban aquellas tomas, me sentaba junto a él y le daba algún beso, o lo acariciaba. Una de esas veces, en Tigre, sin desconcentrarse de lo suyo me dijo: ¿Me rascás la espalda, gorda? Era algo que me pedía desde siempre, una sensación que le gustaba, pero había dejado de hacerlo (quizás su espalda huesuda le diera impresión). Lo rasqué con delicadeza y luego tomé mi libretita arrumbada en la pila de libros de mi mesita de luz.

—¿Qué anotás? —preguntó Fabi.

—“¿Me rascás la espalda, gorda?”. Es para la memoire que voy a escribir sobre esto.

Sin mirarme agregó otra de las que yo recordaría como sus frases célebres:

—Por lo menos que salga un buen libro.

La fiesta

Mientras estuvimos en Tigre, para hacer los mandados había que salir del barrio, y a veces los chicos me acompañaban. Una vez vino conmigo Fidel y por el camino le dije que eran muy genios, Cuca y él, que eran chiquitos para pasar por lo que estaban pasando y sin embargo se la bancaban y eran muy compañeros, a lo que Fidel respondió:

—Pero Cuca no lo va a poder soportar.

Más tarde se lo dije a Cuca, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Esa mañana, al levantarse, había dicho:

—Faltan cuatro meses para que cumpla quince: a lo mejor llegamos.

La literalidad de la vida, que no resistía análisis, como bien había dicho Fabi.

La ilusión que La Petisa había sugerido no alimentar…

Acompañé a Cuca a hablar con Fabi, mencionamos incluso el a lo mejor llegamos, y cinco horas más tarde habíamos reservado un salón, contactado una empresa de catering y bajado de Pinterest una cantidad de fotos en las que nos inspiraríamos para la decoración. Era sencillamente una cosa de locos.

En la época en que conocí a Fabi yo estaba escribiendo Permiso para quererte, cuyo primer capítulo es una frustrada fiesta de quince. El libro se lo había dedicado a él, mi Héctor, mi Cacho, mi Quique.

Colibrí

Morirse tiene mucho en común con nacer, o al menos eso pensaba yo aquellos días. Ante todo tienen en común lo imprevisto, lo que se sabe que va a ocurrir pero no cómo ni cuándo. Y que eso genera curiosidad pero, más que nada, miedo.

Un día, en mitad de nuestra estadía en Tigre, Fabi registró un dolor incontrolado, que con todo rigor lo condenó a la posición de gárgola y a una expresión de cansancio infinito. El Puma vino a verlo, conversó mucho con él y luego hizo algunos cambios en la medicación. Cuando se iba lo acompañé hasta la puerta. Le pregunté: ¿estamos en el horno?, a lo que respondió: me parece una expresión muy apropiada.

En mis notas de ese día rememoro el nacimiento de Cuca. Como yo era muy joven y la primera entre mi grupo de amigas en iniciarse en la maternidad, me habían regalado un libro de Myriam Stoppard que explica todo lo que se debe saber para criar un bebito. El día en que tuvimos la sensación de que Cuca ya nacía Fabi me preguntó: ¿Qué dice tu libro? A lo que respondí que no sabía, porque (aunque ya era la fecha prevista del parto) no había llegado a ese capítulo. Y luego de haber recordado esto escribí: ¿Será que Fabi se muere, y yo no me doy cuenta?

Esa misma tarde entró a la casa un colibrí, que habrá confundido una lámpara del living, llena de ribetes, con alguna flor fantástica. Los primeros momentos fue alucinante tenerlo ahí, tan cerca, verlo a una distancia difícil de alcanzar en circunstancias normales. Le tomamos fotos e hicimos historias para Instagram. Pero al rato fue perdiendo vitalidad, y cuando quiso volver a salir se topó con la solidez de los ventanales de vidrio. Volvía a la lámpara, a ver si podía alimentarse, y al no conseguirlo reiniciaba su frustrado intento de escape. Era desesperante, porque no había forma de guiarlo hacia afuera, y en un cierto punto comprendí que si yo no intervenía iba a terminar por morirse. Lo atrapé con un mantel de la cocina, con delicadeza porque me pareció que podía matarlo, y cuando lo liberé en el parque, si bien estaba algo atontado, al fin pudo levantar vuelo.

El miedo

Fidel me dijo: Extraño el mar, a lo que yo respondí: ya vamos a volver a viajar y hacer muchas cosas. Reparé con horror en que tenía una lista mental de cosas que hacer cuando Fabi muriera. En nuestra vida pre enfermedad, cuando Fabi se ponía pesado porque los chicos andaban descalzos, yo le decía que cuando él se muriese ninguno de nosotros tres volvería a calzarse nunca. Las infinitas millas de avión que no se heredaban estaban siendo gestionadas por una amiga para garantizar pasajes que no sabíamos cuándo podríamos usar o si llegaríamos a hacerlo (la idea era emitirlos para luego cambiarlos), pero el hecho es que los pasajes eran tres: el de Cuca, el de Fidel y el mío.

Esa noche soñé que estaba en la casa de Tigre y me daba miedo apagar las luces para dormir, por lo que corría a despertar a mi abuela y la encontraba flaca, huesuda, y así, flaca y huesuda, ella me decía que la dejara dormir porque se sentía mal. Me desperté aterrada, busqué la mano de Fabi y le dije: tuve una pesadilla. Pero al cabo me explicó que tenía que girarse, encontrar una nueva posición en su eterna búsqueda de aplacar el dolor, y me soltó la mano, lo que me dejó otra vez en la casa de mi pesadilla, sola y muerta de miedo.

El terreno de lo inverificable

Una mañana, mientras preparaba el desayuno, Fidel vino a decirme: No puedo más. Dijo que bajo la apariencia de llevar una vida normal no hacía más que pensar todo el tiempo en lo que pasaría con Fabi. Me dijo que la vida era injusta, a lo que suscribí, aunque agregué que eso ya lo sabíamos. Le dije que por ejemplo mi mamá, que era buena y querida, había muerto a los veintiséis, mientras que Videla murió a los noventa. Claro que a mi mamá la buscamos todos los días y la recordamos con amor, mientras que cuando Videla murió los vecinos del cementerio en el que lo enterraron se quejaron porque no querían tener cerca nada de él. Le dije a Fidel que lo que importaba era lo que quedaba, aunque en verdad qué nos importaba lo que quedaba, si lo único que nosotros queríamos era que Fabi no se muriera.

La conversación siguió en el coche. Dijo que él en ocasiones rezaba y le pregunté si quería que le enseñara a rezar, cosa que yo no hacía pero sabía hacer, luego de haber pasado toda mi escolaridad en una escuela de monjas, a lo que respondió que sabía que yo le decía eso aunque no creyera en nada solo para tranquilizarlo, como si pensara que él era ingenuo. Pero él no era ingenuo, dijo y dijo que sabía la verdad. En su campamento de verano había un chico al que apodaban el Científico, porque leía mucho y sabía de todo, y un día en que le preguntaron qué había después de la muerte, respondió: Putrefacción. Desde entonces Fidel no pensaba en otra cosa.

Dije: Qué poco inteligente es el Científico, sabe mucho pero no sabe que diciendo algo así puede lastimar a los demás, ni tampoco sabe aceptar que no sabe, porque de lo que pasa después de la muerte, nadie sabe nada.

Como Fidel seguía convencido de que yo lo trataba de ingenuo, de que le contaba un cuentito para aplacarle la angustia, le dije que se equivocaba, que la gente que más respetábamos y queríamos en el mundo era creyente. Los abuelos, los tíos; el Papa es uno de los hombres más poderosos del mundo y trabaja con la idea de que Dios es real. En algunas culturas incluso se entiende que la vida es un paso previo a lo que verdaderamente importa. La abuela Esther, que tenía

noventa y cuatro, no tenía miedo de morirse porque pensaba que después de la muerte iba a encontrarse con el abuelo Horacio, con sus hermanos, con mi mamá.

Y entonces Fidel pareció entrar en la lógica que yo le proponía, porque me preguntó con qué edad uno se iba al cielo, ¿con la que tenés cuando te morís? Entendí por qué me lo planteaba porque yo misma me había hecho muchas veces esa pregunta, quizás incluso a la edad de él: supongamos que morís de viejo, pero tus padres murieron jóvenes… ¡qué complicado todo en el cielo! En ese punto ya estábamos tan en el terreno de lo inverificable que me atreví a decir que allí no se ve tu cuerpo sino tu alma, tu historia, la que transitaste hasta el momento de morir.

Le conté que en el libro que acababa de leer aparecía la historia de una mujer que estaba muy enferma y le apenaba pensar en que cuando su hijita fuera a dar conciertos de no sé qué instrumento ella no podría estar ahí, pero que un día la hija la había relevado de la tarea al decir que su recuerdo la inspiraría siempre. Al fin mis propias palabras me hicieron llorar; en general no lloraba frente a los chicos, no por impostar fortaleza sino porque ante ellos me fortalecía genuinamente. Al verme, Fidel dijo: Ya está bien, no hablemos más.

A lo que le dije que esa capacidad de hablar suya era de lo mejor que teníamos, y le rogué que nunca fuera a guardarse una palabra, que nos liberara del silencio, que repusiera, que trazara la línea del Trópico de Cáncer y escribiera ese nombre con su letra clara en la representación gráfica del mundo, una línea en la que apoyarnos, un renglón, una vía que diera siempre lugar a todas nuestras palabras.

Espejo

A la mañana siguiente desperté con la sensación de no haber dormido en toda la noche, quizás porque Fabi dio mil vueltas, quizás porque me cocinaba en el calor de enero desde que él vivía en la helada permanente de la extrema delgadez y no encendíamos el aire acondicionado. Todavía con los ojos cerrados le pregunté: ¿Cómo estás?

—¿Cómo estoy? Enamorado —dijo.

Me reí, y entonces se incorporó con inusual energía y bromeó:

—Dale, dale que no llegamos al free shop.

Me senté en la cama y lo vi de pie ante el espejo, flaco como una marioneta desproporcionada, los brazos y las piernas demasiado largos, la panza llena de hematomas amarillentos y violáceos a causa de las inyecciones anticoagulantes. Se sonrió:

—Qué lindo soy, ¿no? ¿Te encanto?

No mentía cuando le dije que sí. Quizás sea una loca sin remedio, pero con ese humor no me parecía solo lindo sino además sexy. Pensaba en eso cuando noté por primera vez la hinchazón en los pies, y sin saber lo que significaba supe que no podía ser nada bueno. Y así fue como entendí que también se nos acababa el tiempo suplementario.

Pies de Botero

Hace algunos años fuimos al teatro a ver una obra con Alfredo Alcón y al poco tiempo supimos que había muerto. Leímos la noticia en el diario, decía que había llegado a hacer una cena, una fiesta, algo, no sé qué: había convocado a todos sus amigos para despedirse. Pensé que era afortunado y lúcido, y Fabi comentó que en su situación él estaría tan asustado que sería incapaz de hacer nada.

Sin embargo la casa de Tigre fue esa despedida de Alfredo Alcón, porque el desfile de amigos que ya había comenzado en nuestra propia casa se intensificó en nuestra estadía allí, propiciado porque era enero y muchos estaban de vacaciones en Buenos Aires, porque el espacio era enorme, y también porque se daban cuenta de que era el final y querían acompañarnos.

La mayor parte de las veces los encuentros incluían grandes comilonas en las que Fabi se sentaba a la mesa y compartía todo menos la comida, cosa que en algún punto se volvió lo normal porque lo único más antinatural que el hecho de que él no comiera era reunirnos y que no comiese nadie. En general él estaba de buen ánimo. En una ocasión vino Viole, la hija de mi amiga Paula, y mostró la trencita de hilos de colores que se había hecho durante sus vacaciones en la playa. Fabi mostró su sonda de alimentación, que se enganchaba detrás de la oreja, y dijo: yo también me hice una.

Mi amiga Alicia me dijo después que en su última visita a la casa supo que ya no volvería a verlo. Es raro, ver a una persona y reconocer que lo que la mantiene viva está por a extinguirse; es raro pensar que eso es inevitable, y que no queda más que aceptarlo.

La mañana antes de volver a casa Fabi se levantó con los pies hinchados. No me alarmé especialmente, pero por las dudas mandé a Salvador un mensaje en el que dije que me parecía que Fabi estaba reteniendo líquidos, y describí esos pies que parecían los de los bailarines de Botero de la invitación a nuestra primera boda. Salvador respondió con un texto fiel a su estilo: Julia, Fabián está muy grave, tenés que saber que ya se hizo todo.

Respondí que empacaría de inmediato para volver a casa, a lo que él dijo que no valía la pena.

Lo dijo así: No vale la pena. Y ese día en Tigre fue como esos en los que yo conocía el diagnóstico y Fabián no, por lo que regresé a la estratósfera, y actué como si nada.

Al fin llegó el momento de volver a casa, y en cuanto tuve todo en el coche propuse que nos sacáramos una foto los cuatro juntos. Fabi se ubicó en el sofá de la galería, pero los chicos protestaron y trataron de escabullirse y entonces yo inesperadamente me largué a llorar y no sé qué explicación di pero estaba desconsolada, y en la última foto que nos tomamos juntos se nota la infinita tristeza que los cuatro tratábamos de disimular.

Principio del fin

Salvador cumplió con su promesa de estar disponible siempre, y llegó a casa apenas un rato después que nosotros. Para entonces Fabián no solo tenía pies de Botero sino también una panza como de embarazada, que resaltaba en su cuerpo esquelético al punto que yo tenía miedo de que se cayera de frente. Salvador subió a revisarlo en nuestra habitación, y cuando bajó empleó su tono de persona que no sale corriendo ante una alarma de tsunami para explicarme:

Es un incendio en la planta baja. Vos estás en el décimo piso. Podés asomarte al balcón a tomar aire, podés entrar en las habitaciones en las que todavía no hay fuego, podés correr y, en la desesperación, podés tirarte y te matás, o quedarte y esperar a que sea el fuego lo que te mate, pero no tenés escapatoria, de ningún modo, no podés hacer nada.

Ese mismo día comenzó algo de otra naturaleza.

Según explicó Salvador el asunto del líquido retenido tenía que ver con nuevas metástasis en el peritoneo, y las hinchazones mostraban líquido suelto en el organismo. No se resolvía con diuréticos sino con punciones y drenajes que de por sí eran invasivos con el riesgo adicional de que Fabi estaba anticoagulado, pero además no tenían mucho sentido dado que, cada vez que se drenara, el líquido volvería a acumularse, cada vez más rápidamente.

Este cúmulo de calamidades trajo un bonus track: al no liberar ese caudal normalmente, la medicación para el dolor (un opioide) le producía a Fabi un estado de somnolencia permanente, y a su vez una especie de estado de confusión que me remitía a la frase de Strawberry Fields: Living is easy with eyes closed, misunderstanding all you see.

Salvo que de easy no tenía nada.

Budapest

En un pasaje de su libro acerca de la enfermedad y muerte de su marido, Patty Dann cuenta cómo empezó todo. Un día de abril de 1999, el matrimonio y su hijito volvían de visitar a unos amigos:

Cuando volvimos a New York, Willem estacionó el coche en la calle cerca de nuestro departamento. Caminamos con Jake montado en los hombros de Willem.

A mitad de cuadra dije, "¿Deberíamos bajar el cochecito?"

Willem dijo, "¿Qué es el cochecito?" y con esa pregunta de apariencia simple entramos en un nuevo reino.

Willem tenía cáncer de cerebro, y aquella confusión fue un primer indicio de lo que luego sería el devenir de su enfermedad. Yo nunca imaginé que Fabián perdería lo que yo hubiera dicho que lo definía, si alguien me hubiera preguntado:

—¿Fabián? Su principal característica es la lucidez.

El mismo día en que regresamos a casa, y luego de que Salvador diera la noticia de que no teníamos escapatoria, Fabián comenzó a dormirse en mitad de las frases, y a la mañana siguiente cuando regresé de la feria quiso decirme que Cuca había ido a Tribunales y en cambio dijo: Se fue a Budapest.

Me tomó por sorpresa, no tanto la confusión como que siguiera hablando como si nada, sin corregirse, con los ojos semicerrados. Me metí en la cama y seguimos conversando, una conversación normal, hasta que estiró la mano y la movió en el aire, acarició un objeto invisible al decir: ¿Esto lo inventaste vos? Y como no supe qué contestar, solo atiné a cubrirlo de besos.

Trillones

El plan era que Fidel fuera a la colonia de verano, pero dadas las circunstancias llamé a mis tíos y les pedí que vinieran a buscarlo para llevarlo a Adrogué. Le pregunté a Cuca si quería ir con ellos y dijo que no.

Fabián pasó todo ese día preguntándome la hora y todas las veces al escuchar la respuesta se mostró sorprendido. Había un sol radiante, y a cada rato quería saber si llovía. Al adormecimiento permanente se sumó un continuo dolor que, según me explicó Salvador, producía el líquido suelto al presionar sobre las lesiones. Yo había colocado junto a nuestra cama el silloncito comprado hacía años para que pudiera amamantar sentada. En esos días Fabi comenzó con una rutina imposible que consistía en hacer todas las maniobras necesarias para acostarse (piel y huesos, una barriga que debía pesar por sí sola lo mismo que el resto del cuerpo, somnolencia permanente, todo esto casi siempre conectado al alimento por medio de la sonda de la nariz) para, una vez que lo conseguía, hacer el abismal esfuerzo de incorporarse, y cuando al fin lograba eso, moverse a los tumbos para sentarse en el sillón y volver a empezar.

El motor de ese movimiento constante era el dolor, la idea de que al cambiar de posición el dolor cesaría, una idea absurda que solo podía contemplar el Fabián que había perdido la lucidez. Hablé con Salvador y me dio el ok para que lo llevara a la guardia a que lo drenaran. Se lo dije a Fabi y le alcancé la ropa para irnos, comencé a ayudarlo a vestirse, pero me tomó de las muñecas con su fuerza de muñeco de trapo y me dijo:

—Pará, pará un poquito. No me dejás hablar.

Dejé la ropa, acerqué una silla y me senté junto a él. Me sonrió, me acarició la mejilla. Le pregunté qué quería decirme:

—¿Qué son los trillones?

—Son tres millones.

Revoleó la mano en el aire, como quien dice ¡Claro! Es verdad, y después le di un beso y dejó que lo vistiera. Cuando él fue al baño busqué mi libreta y al tomar nota de todo reparé en que mi explicación era un disparate que el verdadero Fabián nunca hubiera dejado pasar.

Ellías

La médica de la guardia era tan parecida a mi amiga Majo que de inmediato me inspiró confianza. Dispuso la intervención de drenaje y lo dejó internado en la guardia, porque a la vez que hinchado como un zepelín a causa del líquido Fabián estaba deshidratado y tampoco podía orinar normalmente.

No me gustaba la idea de la internación. Desde mucho antes de la enfermedad Fabián y yo hablábamos bastante de un texto que le fascinaba, La soledad de los moribundos, de Norbert Ellías. Es una comparación entre el modo de morir en la antigüedad y en el mundo moderno, que describe el pasaje del lecho de muerte en plena casa familiar y en el devenir de la rutina doméstica, a la hospitalización y aislamiento para encontrar la muerte apartados de todo en el blanco quirúrgico de las instalaciones hospitalarias. Sin proponérmelo de forma consciente yo me había impuesto luchar contra el nuevo paradigma, y le había rogado a Salvador que hiciéramos todo para que Fabián muriese en casa.

Pero no discutí. Y de hecho aquella mañana, después de la noche en vela en la guardia, hubiera rogado que nos dejaran un poco más, aunque no fue necesario porque cuando la doctora se le acercó dispuesta a darle el alta (lo que se podía hacer por el momento ya estaba hecho) Fabián la miró y de la nada le dijo: ¡Feliz cumpleaños!

Le dieron el alta por la tarde, tarde, luego de que orinara por una sonda y se librara un poco del efecto alucinógeno del opioide. Yo mandé mensajes festejando esa pequeña victoria (y ahora pienso que mi familia y amigos supondrían que yo también deliraba).

Al volver a casa lo ayudé a cambiarse y le dije que fuera al baño mientras yo le cambiaba el alimento en el pie de sonda, y en ese momento lo señaló y dijo:

—Me pegaron un mapa acá.

Y dejó de señalar para limpiar la sonda con una jeringa de agua como todavía hacía por sí mismo cada vez que terminaba de alimentarse o

de tomar una medicación, pero esa vez le erró y terminó empapado. Cuando lo sequé vi que la sonda estaba despegada, quise arreglarla y me dijo:

—Sí, tengo la idea de que me la despegaron a propósito, acá.

Lo acaricié al decir:

—Estamos solos, mi amor.

Me pareció que le había hecho sentir la vergüenza que se siente cuando se habla en sueños y alguien que está cerca contesta y se toma conciencia de la situación, así que le di un beso y lo ayudé con la sonda. Conectarla llevaba cierto tiempo y en cuanto terminé me pidió que la desconectara para ir al baño. Sonreí, lo ayudé y le dije que aprovechara para lavarse la cara y los dientes, cosa que no hacía quién sabe desde cuándo, pero lo importante es que me respondió: Ya sé, mi amor.

En mis notas de esa noche se lee: Menos mal que me dijo mi amor…

Al salir del baño anunció que le había cambiado el ánimo y dijo que podíamos aprovechar para hablar. Mis notas dicen: Me pasé la noche diciéndole cosas lindas, quiero que el nene del tren las escuche.

Y después nos fuimos quedando dormidos.

Delirio

Los días y las noches se volvieron un continuado de la secuencia sillón-cama-sillón en el que se dormía de a ratos y nunca profundamente. La tarde siguiente Fabi me preguntó por su amigo Toker:

—¿Estuvo Toker hoy acá?

Le dije que no y sonrió:

—Charlé un rato largo con Toker.

—¿Y la pasaron bien? ¿Se divirtieron?

—Nos reímos mucho.

Era la hora de los remedios y se quedó dormido mientras se los pasaba por la sonda. Aunque hacerlo por sí mismo había sido el último bastión de su independencia, al fin había perdido también eso, así que me dispuse a ayudarlo. Abrió los ojos de pronto. Le dije:

—Dale, que te los paso por la sonda.

—¿Sonda? ¿Onda?

—No te entiendo, gordo.

Me miró a los ojos al hacer que desenfundaba un arma, con la que me apuntó e hizo el gesto y el ruido de dispararme. Me puse una mano en el lugar donde había entrado esa bala y, herida, comencé a llorar.

—¡Era un chiste! —dijo, y se reía a carcajadas, los ojos entrecerrados como en una borrachera—. Dale, dale, ponete una ropita linda y vení a la cama.

Todavía llorando me dejé caer junto a él, y también me reí, y todo era así, al punto que sonó una alarma en mi celular y Fabi se incorporó con una destreza insólita y se puso a bailar alegremente siguiendo el ritmo de la música.

Es oficial

Fidel había vuelto ese mediodía, porque en el delirio que era todo, cada tanto yo pensaba que la cosa se había normalizado y era mejor que estuviera en casa. Pero al cabo llamé a mis tíos para que volvieran a buscarlo esa misma noche. En el ínterin tuvimos una charla en la que le expliqué que el papá estaba muy muy mal.

—¿Es oficial? —preguntó.

—Sí.

—¿Dentro de cuánto?

—No lo sé exactamente, pero falta poco.

Me contó que la noche anterior había soñado que era oficial, y que no podía pensar en otra cosa, que tenía la necesidad de que ya hubiera ocurrido y que eso lo llenaba de culpa, pero a la vez veía el sufrimiento del padre y pensaba que incluso para él era mejor, que en cualquier caso todo era tan, tan, tan… que ya ni siquiera recordaba cómo era la vida anterior, la normalidad. Le sequé las lágrimas al decirle que todos la añorábamos y que todos sentíamos culpa de eso, y me pidió que no habláramos más del tema y también que le prometiera que me cuidaría al conducir, cosa que por supuesto hice.

Antes de ir con sus abuelos subió a despedirse de Fabi. Lo desovilló dulcemente al atraerlo hacia él, de modo que la cabeza del papá quedó sobre su pecho. Lo abrazó, le hacía caricias y lo besaba, le decía que lo amaba, y Fabi podía apenas corresponderlo diciendo yo también, incapaz siquiera de descruzar los brazos con los que intentaba contener el dolor, pero todo era más doloroso, porque no podía abrazarlo.

Todo nos sale bien, otra vez

Esa noche se produjo el milagro y pudimos dormir unas seis horas seguidas (seguidas significa: con mil quinientas interrupciones tras las cuales volvíamos a dormir) hasta que ya de mañana comprendí que no tenía más opción que levantarme porque Fabi había empezado con su loop sillón-cama-sillón, o a veces sillón-cama-sillón-baño, y era peligroso que yo no estuviera cerca para atajarlo. Mientras él se engargolaba, aproveché un momento para ocupar el sillón y encender el teléfono, y así supe que era catorce de febrero, Día de los Enamorados.

Durante el invierno la gente más amorosa del mundo había abierto en la esquina de casa el bar de mis sueños, en el que además sirven un café orgánico colombiano delicioso. Pronto Moshu se había transformado en mi cuartel general, donde podía encontrarme con mis amigos mientras Fabi descansaba, cuando todavía podía dejarlo un ratito solo. Una semana antes del Día de los Enamorados, el bar de mis sueños había lanzado un concurso para ganar un picnic romántico, y para ganar había que contar la propia historia de amor. A la hora de contar mi propia historia de amor soy imbatible, de manera que mandé una adaptación del capítulo en que la joven Julia entra al aula de la Facultad de Ciencias Sociales y ocurre el flechazo.

El catorce de febrero, al encender el teléfono y entrar a mis redes, comprobé que, en efecto, había ganado ese concurso. Hacía casi un año que mi enamorado no podía comer, y por entonces no podía hacer nada de nada, pero en ese instante (Fabi en la cama, yo en el sillón) levanté los puños y dije: ¡Gordo, ganamos el picnic de los enamorados! ¡En Moshu!

Fabi, todavía con el cuerpo muy encorvado, levantó apenas la cabeza y me ofreció su mano; le di la mía, la besó y me dijo:

—¿Viste, gorda? Todo nos sale bien.

Rosa tips

Aquel premio fue lo último que nos salió bien, al menos así de bien. El día no tardó en empeorar. Los dolores recrudecieron y ovillarse ya no le traía a Fabi ni un instante de alivio; no dejaba de moverse y yo tenía miedo de que se cayera o se arrancara la sonda. En un momento salí a llamar a Salvador, y al volver me encontré cara a cara con el nenito del tren que, ahora sostenido de las paredes, a medio camino hacia el baño, lloraba y decía Perdoname, perdoname…

Solo atiné a besarlo. Lo besé, lo desnudé y lo metí en la ducha como él había hecho conmigo durante aquel ataque de hipotermia en Santiago de Chile, y desde el baño mandé un mensaje a mi familia: ¿Alguno puede venir a ayudarme?

Como ellos saben lo del síndrome de Batman, aunque quizás no lo llamen por ese nombre, dimensionaron las magnitudes del drama y mi primo Sebastián, que justo estaba haciendo una entrega de mercadería cerca de casa, escribió: Voy.

Metí la ropa de Fabián en una bolsa de residuos negra, la cerré y le pedí a Cuca que fuese a tirarla en el contenedor. Le dije que ya venía Sebastián para ayudarme a llevar a su papá al sanatorio (consejo de Salvador: no llamar a emergencias porque la ambulancia te lleva adonde hay lugar y yo quería ir al sanatorio de siempre para que nos atendiera Julieta que, como algunas cosas seguían saliéndonos más o menos bien, esa mañana volvía de vacaciones). Le dije a Cuca que se preparase para venir con nosotros, y que después se iría con Sebastián a Adrogué, a casa de los abuelos. Pero dijo: No, me quedo con ustedes.

Mi amiga Caro se atiende con una psicóloga conductista llamada Rosa cuyos consejos amortizamos todas con el rótulo de Rosa tips. Una de sus máximas indica que, no importa cuál sea la circunstancia, siempre hay que garantizar tres acciones fundamentales: dormir, ir al baño, comer. Era mediodía y no sabíamos cómo iría a terminar aquella tarde, por lo que le dije a Cuca que fuera al súper de nuestra cuadra y comprara pan y fiambre para almorzar unos sandwichitos. Mientras tanto, yo preparé una mochila con cosas básicas. Fabi me dijo que le

llevara algún libro, a lo que le dije que sí pero no lo hice; fui al baño y al salir lo encontré guardando tomos y tomos de los que tenía apilados en la mesita de luz. Se me cruzó la idea de que él ya nunca más leería nada.

Corazón

Fuimos al sanatorio escoltados por Sebastián, que iba con Cuca, en su camioneta. Al bajar pedimos una silla de ruedas y llevamos a Fabi a la guardia donde nos atendió la primera médica verdaderamente mala con la que nos cruzamos en todo el proceso y que, a pesar de que le entregué la nota que Salvador me había dejado preventivamente indicando que el paciente debía ser drenado, dijo que no era necesario y se esforzó por mandarnos de vuelta a casa. Tanto insistí que aprobó el drenaje, pero dijo que eso era lo único que iban a hacer, porque el cuadro general del paciente respondía al grado de avance de la enfermedad y el sanatorio no tenía nada que ofrecer para mejorar la situación.

Para mí lo importante era que Fabián ingresara, que fuera drenado y luego veríamos, por lo que dije a todo que sí y bajé con él al subsuelo mientras una de mis primas llegaba para relevar a Sebastián y quedarse con Cuca.

El drenaje requiere una pequeña disección y en el caso de Fabi teníamos el agravante de que él estaba anticoagulado. Las dos médicas que intentaron recostarlo para trabajar con mayor precisión me llamaron para que fuera a ayudarlas, ya que él no se quedaba quieto ni un instante (sillón-cama-sillón, pero en este caso apenas una camilla), y entonces todo volvió a salirnos bien, porque la jefa de la guardia llegó para decir: Este hombre no puede más del dolor, dejen que yo me encargo.

Se llamaba Cintia, y estuvo un buen rato al teléfono con Salvador antes de decidir internar a Fabi. Como en la guardia general no quedaban más camas, nos llevó al área de obstetricia, donde un biombo de tela nos separaba de una pareja cuyo primer hijo estaba a punto de nacer. Cuando Cintia me llamó aparte para preguntarme si yo entendía lo que estaba pasando, cuando le dije que sí y me preguntó si estaba de acuerdo con comenzar los procedimientos de fin de vida, los latidos del corazón de ese bebé se replicaban, rítmicos y poderosos, en el aparato de monitoreo.

Despedida

Apenas nos instalamos, la médica parecida a mi amiga Majo vino a vernos; le dijo a Fabi que tenía lindas pestañas y le preguntó a qué se dedicaba. Él sonreía, una sonrisa particular que solo expresaba padecimiento, y no conseguía articular palabras. Desde los pies de la cama dije a la médica que era sociólogo, y él logro susurrar que yo también, al tiempo que se tocaba la sien y abría grandes los ojos mirando hacia mí. La médica le preguntó si se había quedado conmigo por mi inteligencia, y Fabi sonrió y me miró, para después fruncir la nariz como solía hacer cuando quería hacerse el gracioso.

Mientras la paliativista de la guardia lo revisaba salí al pasillo y me encontré con Cuca, que estaba con mi prima Fer, con Tomás (el hijo mayor de Fabi), el mejor amigo de Fabi y mi amiga Cari. Les expliqué lo que pasaba, o comencé a hacerlo, y en seguida Cintia vino a ayudarme a hablar con Cuca, que apenas nos escuchó, dijo entender y quiso pasar a despedirse. Yo atiné a acompañarla, pero ella dijo que entraría sola. Y ahí fue, mi pequeña Alicia, la pequeña Electra, a perder para siempre una forma de amor irremplazable.

Para cuando Cuca salió habían llegado mis tíos, y de inmediato recordé el momento en que ellos se habían autoproclamado sus abuelos, en otro sanatorio, cuando Cuca nació, y lo mucho que me había sorprendido y alegrado, aunque por entonces ignorábamos hasta qué punto esa otra forma de amor sería indispensable tanto para ella como para Fidel.

Cuando Cuca salió fueron pasando los demás, hasta que Fabi dijo que estaba cansado.

Despedí a todos en el pasillo; nos abrazamos y volví a abrazar a Cuca, que fue hacia la salida pero volvió sobre sus pasos para decirme: no te olvides de donar los órganos.

Cuando regresé a la guardia con Fabi, él ya no sonreía. Se sacó la alianza que le quedaba enorme y me la entregó. Antes de colocarla en mi dedo junto a la mía, leí Julia, te amo por siempre, y lloré. Me miró

a los ojos al preguntar: ¿Nos estamos despidiendo? Le di un beso y le dije: Mañana nos despertamos y tenemos nuestra vida anterior. Entonces él volvió a sonreír y se quedó dormido.

Mientras duermo

Esa noche el loop sillón-cama-sillón se aceleró al máximo, solo que no había sillón, que la cama tenía barrales a los lados y que las sondas que entraban o salían del cuerpo de Fabi se habían multiplicado. Él, con una expresión desesperada, hablaba con dificultad, y de no haber estado tan abrumado por el dolor hubiera comprendido que todo aquello podía terminar rápido y de una única manera. A mí también me hubiese desesperado ese pensamiento, pero estaba demasiado ocupada en acompañar los movimientos de Fabi para que no fuera a lastimarse.

Cada uno se dedicaba a sus urgencias y aunque yo cada tanto llamaba a los médicos para preguntar si se podía aumentar la dosis de analgesia, ya había entendido que no: el dolor debía controlarse paulatinamente para, luego, poder inducir a Fabi al sueño. Le había prometido que cuando llegara la hora le sostendría la mano y estaba concentrada en eso.

El problema era que yo no dormía desde hacía no sabía cuánto, y tenía un cansancio tan fulminante que hubiera podido vencerme incluso en la silla tortuosamente rígida de la sala de guardia. Así que cuando Fabi logró quedarse quieto por unos minutos y me senté, pensé que debía encontrar el modo de mantenerme despierta (porque de un momento a otro recomenzaría el loop) y me pareció que lo mejor era intentar ver alguna cosa en internet. Encendí el teléfono y no me di cuenta de que él había abierto los ojos para hacerme un pedido:

—Gorda, ¿me mirás cuando duermo?

En la cruzada final contra la soledad de los moribundos, le dije que sí y lo miré, y cuando él al fin se durmió, de a poco, yo también fui quedándome dormida.

Las virtudes de los héroes

En algún momento de esa noche los enfermeros pidieron a los familiares de los distintos pacientes de la guardia que esperáramos afuera. Yo fui hasta el estacionamiento para sentarme unos minutos en mi coche, y en la comodidad del asiento me quedé dormida de inmediato. Cuando desperté había pasado más de una hora; alarmada, volví al trote. Fabi estaba acostado, y apenas entré recomenzó el loop, que se extendió hasta que por fin llegó la mañana y, con ella, la Liga de la Justicia.

Cuando pienso en esta escena veo una escuadrilla como las de las películas en las que el mundo no tiene salvación pero al fin llega a salvarse gracias a las virtudes de los héroes. Entraron de a uno, en distintos momentos, en completo desorden, pero yo los imagino cual Bruce Willis y compañía en Armagedon: avanzan en cámara lenta, miran al frente, no le temen a nada.

La primera fue La Petisa, regresada de viaje la noche anterior; no caminaba sino que volaba al ras del piso, sus alitas inquietas, la maravilla de que su poder no emanara de aquella varita en punta de estrella sino de una sonrisa plena por completo fuera de contexto y que por lo demás era justo lo que yo necesitaba. Cuando se acercó a la cama y le preguntó a Fabi cómo estaba le habló como a un ingresado a la guardia a causa de un esguince, y Fabi le respondió como si tal cosa, una sonrisa sin esfuerzo y ninguna palabra, porque ningún esfuerzo hubiera alcanzado para que pudiese hablar.

Detrás de Julieta entró Salvador con sus andares de domingo a media mañana; me hizo algunas preguntas y me ofreció algunas respuestas que significaban que el fuego estaba por llegar al piso diez, lo que quedó certificado cuando saludó a Fabián y no se contaron ninguna historia.

En el pasillo junto a la guardia presenté a Salvador y a Julieta, pero ellos ya se conocían de antes, de la cruzada cotidiana por preservarnos. Se les sumó la jefa de guardia del nuevo turno, a quien ninguno de nosotros conocía. Volví con Fabi mientras los demás

armaban un plan para las horas siguientes, y cuando lo tuvieron listo me llamaron como si fueran a darme un veredicto final. No me ofrecieron explicaciones que yo no hubiese entendido, solo dijeron que habían ajustado la medicación para cumplir mejor el plan de la noche: aplacar el dolor para luego, de a poco, inducir a Fabián a un sueño del que no despertaría. La jefa de guardia me preguntó si entendía y Salvador y Julieta sabían que sí.

A la distancia, ni siquiera entiendo qué significa la pregunta.

Vuelta al ruedo

Esa mañana fue igual que la noche y que la tarde anteriores, y que los días previos. Loop, mirame, querés ser mi novio, todo nos sale bien. Y todo nos salía bien al punto que después del mediodía nos asignaron una habitación individual fuera de la guardia. Lamento ser tan obvia, pero si tengo que describir el traslado de un lugar a otro (pasillo, cinco pisos por ascensor, pasillo) solo se me ocurre una imagen: vía crucis.

El incendio estaba ahí, Fabián, aun medicado con un arsenal de calmantes, se movía como si la camilla en verdad estuviera en llamas. En cuanto llegamos a la habitación entró una enfermera amorosa y ducha, que lo acomodó y lo reconectó a la sonda y no sé cómo logró que de a poco Fabián comenzara a calmarse.

En la habitación había un sofá, y en cuanto nos quedamos solos y Fabi concilió el sueño, me quedé dormida, dos horas de un sueño profundo del que salí renovada. Cuando Cuca y mi prima Fer llegaron a traerme ropa y comida, yo había recuperado la energía y el síndrome estaba en su esplendor. Me sentía tan bien que cuando Cuca se despidió de su padre lo hizo como si fuera a volver a verlo a la salida del colegio, un besito, un extraño apéndice a la despedida del día anterior que ahora de pronto me parecía demasiado lejana.

Una vacante

Desde que había entrado en aquel sueño profundo Fabián respiraba como Darth Vader, pero la enfermera dijo que no había que hacer nada en particular, y que en todo caso los médicos terminarían de definir los procedimientos durante la rueda de control. Fuera de eso todo estaba tranquilo.

Le dije a Fabi al oído algunas cosas de las de siempre (que era lindo, que lo amaba y bla), y fui al baño para hablar por teléfono primero con Fidel, que seguía en casa de sus abuelos, y después con mi abuela. Ninguno de los dos sabía que Fabi estaba internado y pensé que si no me encerraba podían llegar a oír su respiración.

Después puse una silla delante del sofá en el que había dormido mi siesta y abrí la comida que me habían traído Fer y Cuca, mientras le daba una mirada a mis redes sociales y a los diarios. Y en eso estaba cuando llegaron dos médicas con pinta de recién recibidas que me hicieron pensar en mis primas Cami y Jose, y por eso desde el principio las tomé por aliadas.

Dejé la comida y me acerqué a la cama para responder sus preguntas, que eran muchas y dejaban ver que no estaban del todo alineadas con aquello de los procedimientos de fin de vida: dijeron que no había forma de prever cuándo acabaría todo, y que Fabián podía estar así por semanas. El comentario me desconcertó, y no me quedaba claro si el nuevo panorama era bueno o malo porque ya nada era tan lineal, pero en todo caso llegué a pensar que si Fabi seguía vivo cuando comenzaran las clases, apenas dos semanas después, tendría que pedirle a alguna de mis primas que se mudara a casa.

Pero fue un pensamiento fugaz, porque de pronto Cami y Jose intentaron el inesperado gesto de despertar a Fabi. Iba a oponer alguna objeción (déjenlo por favor, una vez que logra descansar) pero cuando abrió los ojos el loop se activó de forma tan brutal que no hubo momento para decir nada; vinieron una enfermera y un enfermero a ayudarnos y ni así podíamos contenerlo. Fabián, desesperado, intentaba incorporarse, acostarse, y salir de la cama,

todo a la vez. Miraba a la médica a la cara y decía quiero que venga la médica y yo le decía gordo, ella es la médica, y él me miraba y simplemente me decía Julia.

Llevó un rato lograr que se tranquilizara, y yo no sabía si su tranquilidad era buena (¿cómo saber si no sentía dolor, o si adormecido no podía comunicarlo?) o qué, pero por lo pronto imaginaba que reducía las posibilidades de que se lastimase en algún movimiento.

Cuando se calmó recuperó la respiración rítmica y arenosa y de a poco fue quedándose dormido, a la par que yo me tranquilizaba. Volví a sentarme, tomé algunas notas. A pesar de lo que habían advertido las médicas, apunté lo que transcribo ahora: Es posible que Fabi muera pronto. El bebé de la parejita de anoche tomará la vacante.

Abismal

La muerte de Fabián me llevó a comprender lo equivocada que había estado: la diferencia entre nacer y morir es abismal, porque mientras que nacer es pura acción, morir es de una quietud tan llana que desconcierta.

Y eso fue lo que pasó: no entendí. Era muy de noche, ya había enviado mensajes, repasado los diarios, llamado a mis hijos y a mi abuela; Fabián dormía y entonces pensé en hacer lo mismo, para lo que busqué ponerme cómoda. Me desabroché el corpiño para guardarlo y, mientras abría el placard escuché: silencio.

Me di vuelta como si a mis espaldas hubiera estallado una bomba. Darth Vader no hacía un solo ruido, por lo que pensé: qué bien, se le normalizó la respiración. Idea que duró un segundo, porque me pareció que normal no describía el cuadro. Fui hasta la cama y acerqué mi cara a la de Fabi, en busca de la caricia de su aliento. Cuando lo besé no me correspondió. No encontré el pulso en su muñeca y creí haber buscado mal. Apoyé mi oreja en su pecho, a la altura del corazón, y me aturdió un silencio tal que consideré la posibilidad de que el corazón (el de Fabi, o quizás el del todo el género humano) estuviera del lado derecho. Pero ya no pude seguir indagando.

La enfermera escuchó mi llamado y acudió en seguida; no bien entró apretó los labios. Hizo algunas acciones de las que deben integrar el protocolo habitual, más o menos lo que yo había hecho antes pero con pericia y sentido de la realidad. Al fin me miró y dijo: Ya está.

Y por primera vez desde que supimos que Fabián estaba enfermo no lo saludé por la noche diciendo que a la mañana, al despertarnos, nuestra vida sería la de antes.

Irreal

Solo mi tío logró sacarme de la cama en la que yo había perdido mi última batalla contra la soledad de los moribundos, aferrada a lo que en adelante todo el mundo llamaría el cuerpo. Lo habían intentado las enfermeras y las médicas, y también mi prima Fer, pero la llegada de mis tíos coincidió con el momento en que la brasa en la mano de Fabi terminaba de apagarse, y entonces presenté mi rendición, entregué mi refugio, mi banquete, mi barco, mi remo. Amatrice se desplomó, perforada por un ancla.

No sé cómo ni cuándo, debimos dejar la habitación para que un enfermero hiciera no sé qué maniobras, y cuando pude volver me encontré con un Fabián de museo de Madame Tussauds, rígido, irreal, con olor a flores falsas, y confirmé que lo que consideraba mío ya no estaba allí, por lo que les pedí a mis tíos y a mis primos que me llevaran a casa.

Y nos fuimos.

Y ya nunca volví a ver a Fabi.

Purpurina

En el momento en que Fabi murió envié al chat familiar un mensaje que decía: murió. De inmediato mi prima Fer, que estaba en casa con mi prima Jose al cuidado de Cuca, inventó cualquier excusa y partió hacia el sanatorio. En casa, Jose intentó distraer a mi hija y le propuso maquillarse como las drag queens de la serie que por entonces miraban las dos.

De madrugada, las pesadas lágrimas de Cuca arrastraron toneladas de purpurina multicolor, lágrimas-caleidoscopio que caían sobre las sábanas en las que su padre ya no volvería a ovillarse. Alicia en la botella, un maremoto con toda la cartilla de colores de Hetesia, y más.

No recuerdo mucho de esa noche, salvo que se escuchaban los primeros pájaros del amanecer cuando nos reunimos en la cocina con mis tíos y primos a tomar espumosos cafés y abrir la caja de alfajores Havanna que mi abuela nos había traído de la costa.

Dormí con Cuca. No tengo idea de cómo llegamos a mi cama, ni de qué habré pensado antes de quedarme dormida.

Orden

El día siguiente lo pasé en mi cuarto, anulada en la perplejidad de que a pesar de todo Fabi se hubiera muerto.

Fer y Cari, al teléfono con Maida, Pau y Caro, hicieron las gestiones administrativas vinculadas con la muerte, y hasta fueron al sanatorio a reconocer el cuerpo antes de que los de la cochería fuesen a retirarlo.

Sentada en el silloncito en el que había amamantado a mis hijos y que Fabi había alternado con la cama en sus vanos intentos de aliviar el dolor, redacté una breve invitación al funeral en la que daba las coordenadas, advertía que se trataría de una ceremonia íntima y pedía a todos que por favor no se sintieran en el compromiso de asistir porque lo importante ya había pasado.

Después le pedí a Cari que me ayudara a limpiar mi cuarto. Saqué el acolchado y ella lo tiró al contenedor de la basura; embalamos el pie y la sonda para que pasaran a retirarlos; Cari bajó al living la mesita en la que Fabián apilaba sus medicamentos mientras yo guardaba prolijamente sus cartas y anotaciones, y ponía su pila de libros de mi lado de la cama. Quité toda su ropa de las perchas y la separé según destinatarios: alguna prenda especial para los hijos, los amigos, mi tío, mis primos; el resto, para donar. Para mí no conservé nada: la ropa vieja ya no tenía olor a Fabi, y la nueva tenía el perfume del cáncer.

Pasado el mediodía, Fidel llegó de Adrogué con mis primos Camila y Pancho. No recuerdo cómo se lo dije pero sí recuerdo su desconsuelo, la sensación de que era un sentimiento tan grande que tenía que ir más allá de mis posibilidades para poder abarcarlo. Tampoco de ese día recuerdo mucho más, solo momentos de estar en mi cama sin moverme y escuchar a mis hijos, a los amigos de mis hijos, a su hermano mayor y a mis primos, todos en la cocina preparando tostados con submarinos en una tarde de al menos treinta grados.

Trópico de las palabras, otra vez

En Adrogué, cuando mis amigas y yo éramos chicas, solíamos jugar al velatorio: en el banco alargado del patio de mi casa de la calle Los Plátanos, una de nosotras se acostaba, cubierta de flores, flanqueada por las otras que la lloraban y evocaban lo buena que había sido en vida. A dos cuadras estaba la casa de la hermana de mi abuelo, donde yo jugaba con mis primos Fink, que eran seis hermanos y la cuarta tenía mi edad. En el jardín de aquella casa había una pequeña puerta alambrada que daba a lo de la abuela de mis primos Monk y Noli, y no había para mí mejor programa que la coincidencia, que se daba muy rara vez, de todos los primos.

Al bajar del coche de Fer en el lugar en que celebraríamos el funeral, vi un montón de gente que apenas lograba reconocer, pero lo primero que vi fue a las delegaciones Fink, Monk y Noli y también vi a la de Los Plátanos, y supe que era cierto lo que prometió mi amiga Caro al abrazarme: no vas a estar sola.

Entre toda la gente que se acercó a despedir a Fabi había también amigos de mis hijos; quizás aquel era su primer funeral, pero al menos no deberían ver al muerto como yo había visto al papá de mi compañera de cuarto grado: me pareció obsceno exhibir el cuerpo de Fabi cuando ya no era él, ingrata reminiscencia de lo perdido, cruel recordatorio de lo que nos espera.

Fidel le puso voz a nuestras conciencias, al decir bien alto que todo era muy doloroso, que extrañaba demasiado a su padre, que lo quería, que no era justo que tuviera que perderlo. ¿Estuve a la altura de las circunstancias? ¿Abracé a mis hijos lo suficiente? ¿Les ofrecí consuelo? ¿Fui su refugio?

No lo sé. Me dejé llevar de acá para allá, firmé lo que había que firmar, saludé a todos, y cuando al fin vi aquella caja de madera, fui yo la que hizo el gesto de ovillarse, sin saber si esa caja era algo importante o si no representaba nada. Estaba demasiado triste para hablar, pero me pareció que todo aquello no podía terminar así, y entonces ofrecí lo único que tenía, y como pude desplegué ahí mismo

mi humilde Trópico de las palabras.

Discurso funerario

Casi nadie quiere morir. Y de toda la gente que conozco, el que menos quería morirse era Fabi. Fue una de las primeras cosas que supe de él, al punto que, apenas nos conocimos —y ya sabía yo que íbamos a pasar la vida juntos— guardé un poema que escuché en una película para cuando llegara la hora:

Paren los relojes, corten el teléfono denle un hueso al perro,

así deja de ladrar.

Callen los pianos y con un tamborileo sordo

traigan el ataúd, los deudos pueden pasar.

(…)

Él era mi norte, mi sur, mi este y mi oeste,

mi semana de trabajo, el descanso dominical,

mi mediodía, mi noche,

mi palabra, mi canción;

Creí que el amor duraría para siempre:

pero no.

Es un fragmento del Blues funerario, de Auden, que me llegó recitado por un personaje de Cuatro bodas y un funeral. A mis veinte años tuve la idea de leer ese poema en el funeral de Fabi. Por entonces ignoraba pero intuía hasta qué punto él se convertiría en mi este y mi oeste, mi norte y mi sur, en todas las horas del día, la canción que yo siempre querría cantar.

Recuerdo haber imaginado fugazmente la escena y recuerdo cómo me veía a mí misma al momento de leer estas estrofas: viejita.

Esperaba pasar toda mi vida con Fabián. En estos días, a modo de consuelo, todos me dicen: pensá que ya no sufre más. No me consuela. El asunto no es para mí qué bueno que haya dejado de padecer, si no qué malo que hubiera empezado a padecer en algún momento. La época en que todo esto comenzó fue la mejor época de nuestra vida. Mientras en algún rincón de su cuerpo las células cancerígenas despertaban para hacer estragos, nosotros sacábamos pasajes de avión, cenábamos todos los jueves en La Guitarrita, y armábamos una biblioteca colosal, orgullo de la familia.

Recuerdo que una vez Fabi me dijo: Tenemos todo. Me acuerdo también de que me inquietó escucharlo: es la clase de cosas que mejor no decir en voz alta.

Lo que vino después Fabi lo describió muy bien con una imagen:

“Me echaron del cine a patadas en la mejor parte de la película”.

Lo de las patadas importa. No solo lo sacaron sin que llegara a saber cómo seguía semejante peliculón sino que fue con saña, sin un solo día de paz. Es una injusticia tan grande que vale la pena tomar nota: les pido por favor que presten atención a esto, no sea cosa que vayan a ir por la vida pensando que es justa, que las cosas tienen un sentido, que si sucede bla bla bla. Todo está armado con tan poco eje en la justicia que ni siquiera hay a dónde o con quién quejarse. No queda otro remedio que aceptar lo que llega casi diría con docilidad (aunque nadie mejor que ustedes sabe que, acá, menos docilidad, todo).

Hablé mucho de esto con Fabi, y también lo hablamos y lo hablo con los chicos. El primer sentimiento de todos, junto con la tristeza, es el encono, lo agobiante de no poder hacer nada ante algo contranatura. Es un hecho consumado, no le demos más vueltas. Como dice el refrán: si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes. Yo agrego: sí: porque además se ríe.

Paren los relojes.

El día en que nos dijeron que ya no había nada más que hacer, depusimos armas, y nos quitamos la armadura. En este trayecto, para

sobrevivir, hubo que atenerse a una fórmula que está bastante en boga pero que para nosotros resulta insoportable: centrarse en el presente, vivir el hoy. No puedo imaginar nada más inhóspito que renunciar al hermoso chapoteo en el pasado y a la fascinante imaginación de lo que vendrá. Además de todo lo que nos pasó, nos pasó eso. La hermosa complejidad del tiempo se perdió en la hostil obligación de vivir el día a día. La única buena noticia que hoy tengo para darles (Cuca, Fi) es que esa cárcel se terminó.

El futuro vuelve a existir para nosotros. Ya podemos abandonar el minuto a minuto, mirar más allá. Nos falta papá en ese futuro, pero ya encontraremos la forma de que nos falte menos. Agregaremos en nuestra biblioteca volúmenes que se acomodarán según sus reglas, comeremos pizza los jueves y cada vez que alguno vuelva de viaje replicará el ritual de ir sacando regalo por regalo, alternando paquetes comprados con saquitos de té y golosinas robadas del restaurante del hotel.

Y al hacerlo podremos empacharnos a puro recuerdo. El pingüino de hule perdido y rescatado en una heroica maniobra en la costa colombiana, el basural rionegrino que papá convirtió en planta de reciclado con sus trabajadores en regla, el mejor tuco de la historia, los delfines en el mar de Pipa, las canciones de los Ángeles Azules, su ácida brillantez a la hora de hacer chistes, las inevitables carcajadas que renacen al recordar.

Se los juro, porque les juro que tengo un doctorado en esto. Es como dice Amélie Nothomb:

El recuerdo tiene el mismo poder que la escritura: cuando ves la palabra "gato" escrita en un libro su aspecto es muy diferente del minino de los vecinos, que te ha mirado con esos ojos tan hermosos. Y sin embargo, ver esa palabra escrita te proporciona un placer similar a la presencia del gato, a su dorada mirada dirigida hacia ti. La memoria es igual (…) Si logras inscribir los tesoros de tu paraíso en la materia de tu cerebro, transportarás en la cabeza, si no su milagrosa realidad, al menos sí su poder.

Mi paraíso es una familia. No tengo nada mejor. Me quedo sin Fabi, sin su milagrosa realidad, pero conservo lo que produjo en mí el poder de su amor desmedido, apasionado. Lo voy a extrañar como loca.

Mi mediodía, mi noche, mi palabra, mi canción.

Barroco

Retrospectivamente, tengo que aceptar que fue un discurso un poco barroco, quizás cursi, el tipo de cosa que le hubiera criticado a Fabi. Pero en fin, yo acababa de enviudar. Unos meses antes había leído otro libro de Joan Didion (Noches azules) con el que me emocioné al saber que ella también había pensado en el poema de Auden para el funeral del marido, y a la vez me inquieté cuando supe que la hija le había rogado que se abstuviera. Entonces no entendí cuál era el problema: me parecía la mejor idea del mundo. Ahora puedo verlo: a la distancia, mi norte, mi sur, mi este y mi oeste, mi semana de trabajo, el descanso dominical, parece un poco excesivo…

Abandonamos aquel lugar al rato de que yo terminara de leer. Dejamos flores blancas sobre el cajón cerrado. En el camino de regreso hicimos una parada en una estación de servicio para comprar café y algo de comer, porque Cari había indicado que de acuerdo con la tradición judía, de la que no sabíamos nada, había que hacer algo por el estilo.

Fer nos llevó a Cuca y a mí a casa de mis tíos, donde nos reunimos con Fidel, que había querido irse con ellos antes de que terminara el encuentro. Allí estaban también casi todos mis primos, y se había improvisado un festín de sándwiches tostados preparados por Fi.

Más tarde dejé a los chicos con lo que Fabi solía llamar mi horda primitiva, y me retiré sola.

Refugio, otra vez

De todo el proceso de enfermedad y muerte de Fabi me queda la sensación de que la vida (el impulso vital: algo que parece invencible e infinito) tiene un soporte tan endeble que o bien todo es obra del azar, y salió como salió, o el plan divino es de una complejidad que excede el pensamiento humano, el simple criterio de que lo valioso debería poder conservarse.

Como sea, la energía vital de mi abuela Esther estuvo durante más de noventa años cobijada en un cuerpo a la altura de su fulgor. Cuando, de a poco, el soporte físico de su fortaleza comenzó a descascararse, su vitalidad se acomodó con aplomo a la nueva situación, algo que solo pueden hacer los que, como ella, no tienen miedo de morir.

Y mientras mi abuela se vuelve cada vez más frágil, en su casa (que envejece con ella) todo alrededor se vuelve para ella cada vez más alto, más pesado, más duro. La tarde en que me recibió tras la muerte de Fabi le costó abrir la puerta de madera y caminó lento, apoyada en su andador, para llegar a la reja. Y sin embargo diría que lo hizo con la vitalidad de la noche en que, cuarenta y un años antes, un hombre me depositó en sus brazos tras el secuestro de mis padres. Ella fue mi refugio.

Después de un abrazo que ofició a la vez de comprobación de mis signos vitales (no se puede salir ileso de algo como lo que yo acababa de atravesar) se dejó caer en el sillón en el que, al comienzo de todo, había recibido las malas noticias de boca de Fabi, para quien ella había sido también un refugio con unos modos maternales que nunca vi que nadie más le prodigara.

Allí le hice entrega de su herencia: los alfajores cordobeses de higo, membrillo y ciruela que cada tanto Fabi me encargaba por si se operaba un milagro y podía volver a tragar, y que regularmente al fin me pedía que le hiciera llegar a mi abuela; y un volumen de Todo Inodoro Pereyra que él tenía previsto regalarle desde siempre sin encontrar nunca el momento.

También le di una copia impresa del discurso funerario (mis tíos y yo habíamos decidido que no asistiera a la ceremonia), y después de eso me preparó su cama para que fuera a dormir. Mi propio proceso de reconstitución comenzó en aquellas cinco horas de siesta, de las que me despertaron mis hijos y primos con una cena improvisada tras la que dormí otras horas en mi cuarto de adolescente, luego de las que desperté al alba y volví a limpiar: saqué cajas y cajas, bolsas y más bolsas de consorcio llenas de bártulos que había ido acopiando en veinte años de no dormir en esa habitación de la que, de pronto, me pareció importante volver a disponer.

La fiesta, otra vez

Después de haber limpiado me bañé y me puse un vestido negro, como lo había hecho el día anterior y lo haría en las semanas siguientes. El luto puede resultar muy práctico: una señal que advierte al mundo la total anormalidad de todas las cosas implicada en el proceso de duelo, que garantizaba que nadie se dirigiera a mí como si no estuviera pasando lo que pasaba.

Al mediodía hubo asado en lo de mis tíos, y en la sobremesa mi primo Pancho le preguntó a Cuca por su fiesta de quince. Yo había dado por sentado que mi hija habría abortado la misión, pero la escuché dar los detalles y decir que tan solo lamentaba que fuera a terminar tan temprano. Me sentí orgullosa.

En el plan original la fiesta debía terminar como mucho a las dos de la mañana, a tono con la situación de que el padre de la cumpleañera estuviera desahuciado. Pero ahí mismo, luego del brindis número mil en memoria de Fabián, se decidió que no solo habría fiesta sino que duraría hasta la madrugada. Quise objetar que el cambio de planes me saldría carísimo, pero todo el mundo dijo estar dispuesto a aportar para que la cosa prosperara, y esa misma tarde comenzaron los preparativos.

Una serpiente venenosa

Los coletazos de una muerte no son fáciles de evitar, sin embargo: como dije nadie sale ileso de un proceso como el que acabábamos de vivir. Una semana después de la muerte de Fabi decidí alojarme con mis hijos en un spa termal. Al cabo escribí esta pequeña crónica:

Ese cuento de Horacio Quiroga en que una madre y sus dos hijos se retiran a un hotel apartado del mundo para descansar luego de una tragedia. El primer día todo es maravilloso, cada detalle los fascina. Las aguas termales los relajan, los juegos del parque acuático levantan el maltrecho ánimo de los chicos con lo que la madre de a poco se siente mejor.

La primera noche es la primera noche de descanso profundo en meses. El segundo día se levantan renovados.

Durante la tarde de ese día, mientras reposa en el balcón, la madre escucha un ruido en la copa de un árbol; levanta la vista a la búsqueda de un ave, pero lo que encuentra es una viscosa serpiente verde. Aunque al fin ella y los hijos se ríen, queda en la madre cierta sensación de sobrecogimiento. La tarde pasa rápido entre las atracciones acuáticas y el paisaje paradisíaco. Por la noche cenan en el restaurante; los chicos eligen sendos platos con el mismo ingrediente. Al cabo, piden retirarse pronto a descansar, lo que sorprende a la madre.

Cuando por la noche los hijos se deshacen en vómitos la mujer evoca la imagen de la serpiente, que ahora interpreta como un presagio. Cuando habla con los anodinos empleados del hotel en el que se encuentran cautivos por indicación médica, la emula. Con gusto respondería con sus colmillos a esa parsimonia ineficaz, irresponsable, a las disculpas a medias que ve no ya con sus propios ojos sino con la mirada de vidrio de una serpiente venenosa.

Amatrice, otra vez

Alguien tiene que revelarle al mundo que los estereotipos de viudez no se condicen en nada con la realidad. Imaginé que venían días de pasar horas echada en la cama, secarme las lágrimas, hacer pasar fotos viejas, releer antiguas cartas de amor. Pero la verdad es que la viudez es una maratón de trámites administrativos para cobrar sueldos adeudados, haberes previsionales, subsidios por fallecimiento; horas y horas invertidas en hacer trámites derivados de estos, como conseguir partidas de nacimiento o de defunción, certificados laborales; llevar y traer; trámites bancarios y del seguro, en la obra social, en los colegios de los chicos.

Los colegios de los chicos recomenzaron a su vez las clases. Hubo listas de útiles, pediatra para conseguir aptos físicos, oculista y renovación de anteojos, nuevos cursos y talleres.

Una maratón médica confirmó que la falta de descanso y la tensión permanente habían causado estragos en mí: había sufrido una pubalgia al correr sin elongar, estaba un poco anémica, y mis ciclos menstruales no seguían lógica alguna. Un nuevo tsunami estuvo a punto de ocurrir cuando me encontraron un carcinoma de piel, pero terminó por quedar atrás luego de meses de cuidados y hoy solo queda en mi nariz una pequeña marca que recuerda aquella herida de guerra, verdaderamente menor.

En medio de todas esas cosas, cuando se cumplió el primer mes de la muerte de Fabi, seguí las instrucciones de Paula y organicé una pequeña ceremonia. Volví a convocar a los amigos en casa. Por entonces yo sentía que no podía decir nada más, así que que les pedí a Alicia y a Nico que dijeran algunas palabras.

Alicia leyó una carta para Fabi, en la que decía que todo el proceso había sido bastante distinto a como cualquiera hubiera podido imaginarlo: lleno de encuentros y de música, de festejos, incluso de bailes; Nico recordó a Fabi como un hogar, un sitio al que siempre se puede volver; había algo de refugio en esa imagen…

Unos días antes yo había ido a la cochería a retirar las cenizas de Fabi. Me las entregaron en una pesada caja de madera que guardé en mi vestidor, porque no tenía nada planeado, y no se me ocurría ninguna idea. La noche de aquella conmemoración hubo una tormenta con viento, y me lo tomé como una oportunidad inesperada. Muy tarde compartí este textito en el chat que había armado para convocar a todos:

Gracias por su presencia hoy y durante todo el proceso de enfermedad de Fabi y durante toda nuestra vida.

Fabi solía decirme: Cómo me hacés durar, ¿eh? Pienso que había tanto sostén que todo fue más llevadero, y el proceso de morir se transformó en un proceso amoroso.

Qué le habilitó a cada uno el encuentro de hoy, lo sabe cada uno.

A mí me encantó escuchar a Nico y a Alice con palabras que sentí profundamente mías.

Me sirvió, además, como dije, para colgar el luto aunque me parezca antinatural vestir colores en un mundo sin Fabi; entrar en una etapa en la que una imagen exterior menos apagada y triste habilite algo (todavía inexistente) hacia adentro.

Por último, quiero contarles que hace un rato subí a la terraza y encaré algo pendiente que me tenía obturada al depositar en un cuenco las cenizas, a ver si este viento hace lo suyo.

Algún día voy a escribir sobre cómo, en comparación con la valoración del alma, los rituales con los que cuenta nuestra cultura para despedirse de los cuerpos son insuficientes y mediocres. Ese montículo gris dice poco y nada acerca del cuerpo cuya ausencia me vuelve loca.

En cualquier caso nuestra terraza hoy estaba tan hermosa que tampoco me resultó tan mal.

Abrazos y, como diría Fabi, gracias por ser como son.

La cosa no resultó tan idílica porque durante la noche lloviznó, y las cenizas se apelotonaron y permanecieron allí durante días hasta que las fui esparciendo en las macetas. Sinceramente no me representaban gran cosa; no tenían nada que ver con Fabi ni conmigo. En cualquier caso sí me aporta mucho la cursiva que de pronto se volvía frecuente: yo comenzaba a volver a escribir.

Ahora tipeo Amatrice en el buscador de Google:

La localidad del centro de Italia que quedó sepultada bajo los escombros por el sismo y provocó la muerte de 299 personas, trata de recuperarse y de volver a atraer al turismo. El centro sigue cubierto de escombros, pero los bomberos trabajan a diario para retirarlos.

Aquí estamos

Los bomberos trabajan a diario en el retiro de escombros: doy fe.

En Semana Santa los chicos y yo nos fuimos con mi prima Fer a Mar de Las Pampas. Nos encontramos con amigos y familia, hicimos fiaca en la pileta y en la playa; la primera noche se cortó la luz y en la oscuridad del bosque todos tuvimos oportunidad de contar pesadillas en las veíamos a Fabi muerto, o a su fantasma.

En mayo, el día del cumpleaños de Fabi, Cuca cumplió sus quince. Le regalé la biografía de Freddy Mercury, y la acompañé con una de las cartas que Fabi le había dejado y también con un sweater peludo que él me había regalado al poco tiempo de conocernos.

La noche de su esperada fiesta, Cuca entró al salón acompañada de sus dos hermanos, bailó un vals de Queen con ellos y con sus tíos, y al momento de la torta, sus abuelos encabezaron el brindis. En los videos que preparamos para sorprenderla, Fabi apareció descostillado de risa en nuestra Nochebuena en Isla Mujeres, gritó amorosamente su nombre en una playa de Brasil, y en incontables fotos la abrazaba, le daba besos o soplaba con ella las velas de las tortas que yo había preparado en sus cumpleaños anteriores. No tengo registro de que nadie se haya entristecido y llorado al verlo. Fue la fiesta más divertida del mundo. Hubiera querido que Fabi estuviera conmigo y me sacara a bailar, pero me apegué a la felicidad de ver a Cuca que, hermosa en su vestido largo con detalles mexicanos, bailó toda la noche rodeada de amigos; los míos opinaron que aquel despilfarro de energía juvenil terminó por renovar el alma de todos.

En las vacaciones de invierno viajamos a Brasil. Mis huellas dactilares se vieron con claridad en el scanner, pero para salir del país con los chicos debí mostrar el certificado de defunción de Fabián, y mis médicos coincidieron en que eso más que la ingesta de mariscos había ocasionado la alergia de piel que me marcó la cara durante los primeros días de esas vacaciones. En la segunda parte del viaje, en un hermoso hotel lejano de la ciudad, yo leía Patrimonio, de Phillip Roth, cuando al pasar de página encontré una pestaña que solo podía

pertenecer al único otro lector de ese libro. Me conmovió la idea de que aquel fuera el último rastro físico de Fabi en el mundo, pero no llegué a preguntarme cómo conservarlo: la pestaña pronto se voló y se perdió para siempre.

En ese libro en el que Roth relata el proceso de enfermedad y muerte de su padre, Fabi había escrito (lo descubrí recién en Brasil) una dedicatoria:

Para mis hijos, esperando que el patrimonio que hereden no les impida ser felices.

Papá, 1-8-2016

Debajo agregué la mía, que hacía referencia a las marcaciones en el interior del libro.

Los asteriscos son de papá; los corchetes son míos. Papá escribió su dedicatoria cuando supo que no podría curarse. Yo sugiero atenerse siempre a la máxima Lennon-Mc Cartney: "Play the game Existence to the end".

Mamá, 26-7-2018

En el interior del libro nuestros destacados pocas veces coincidían, pero los dos resaltamos esta frase:

Lo que muestran los cementerios, al menos a las personas como yo, no es que los muertos están presentes, sino que ya se han ido. Ellos se han ido y nosotros, por el momento, aquí estamos. Esto es fundamental y, por inaceptable que resulte, muy fácil de entender.

Total coincidencia con Roth, por lo que los bomberos siguieron con el trabajo diario para reconstruir Amatrice.

En ese viaje también leí un libro de Pierre Lemeitre que me recomendó el hijo de unos amigos; cuando le agradecí el dato, me dijo que lo había leído por sugerencia de Fabi. Fue en la época en la que él no hacía otra cosa que leer mientras que yo era incapaz de entender siquiera la portada del diario.

Fidel tuvo su primer cumpleaños sin Fabi durante aquel viaje.

Cenamos sushi y sopló las velas de una empalagosa torta de chocolate blanco. Al volver a casa terminamos de definir la idea de que dejara su colegio alemán para hacer la secundaria en otro más cercano a sus intereses, y también más lejano de su tristeza. En su taller de comic, empezó a escribir una historieta en la que cuenta su propia versión de la enfermedad y muerte de Fabi, y la primera página tiene un fondo de acuarela negra, pero confío en que habrá más luz y color a medida que avance el relato.

En los últimos meses nos dedicamos a los preparativos del viaje de intercambio de Cuca a Berlín, al final del cual Fidel y yo iremos a su encuentro para luego recorrer algunas otras ciudades. Al comprar una excursión parisina que incluye un paseo en barco por el Sena y los tickets para subir a la Torre Eiffel tuve tanto cuidado de no reservar para el Día de los Enamorados que no me di cuenta y elegí la fecha de aniversario de la muerte de Fabián. Hace algunas noches, durante la cena, les propuse a los chicos llevar un candado y, según la costumbre, colocarlo en el Pont de l'Archevêché para arrojar la llave al río en señal de perpetuidad del amor.

Esa noche, después de cenar (los tres descalzos, porque ya nadie insiste en lo contrario), Cuca y yo nos quedamos tomando café en la cocina. Hablábamos del viaje inminente, de la escuela, de que no se llevaría ninguna materia y de que el año pasado, en pleno tsunami, se había llevado, por un punto, solo una. Dije que me parecía increíble que hubieran podido hacer una vida relativamente normal con lo que habíamos atravesado, a lo que ella dijo que creía que al día de hoy aún no habíamos tomado verdadera dimensión de todo el proceso.

Naufragio. Tsunami. Los bomberos trabajan diariamente en la reconstrucción de Amatrice.

Cada tanto, Fidel o Cuca o los dos lloran, y yo a veces me sumo; en ocasiones lloro sin que me vean. Sucede en momentos inesperados, y no siempre por causas tan lineales; puede que pase junto a mí alguien que lleva el perfume de Fabi, pero también cosas menos obvias, asociaciones exageradamente libres como la incómoda sensación de las fibras del mango entre los dientes o el olor de un determinado protector solar.

Otras veces Cuca o Fidel hacen un dibujo de su padre, o alguno de los

tres hace algo tan propio de Fabi que los otros dos se lo marcan, o hipotetizamos su opinión sobre tal o cual cosa de la que ni siquiera llegó a enterarse.

Mientras escribo escucho a Cuca y las amigas que hoy vinieron a despedirla antes del viaje a Alemania. Fidel está de campamento; lo busco en las fotos grupales que envían los profesores y lo veo reír. Yo escribo el último párrafo de esta memoria. Frente a mí, el cuadro de la chica de diecinueve años que levita ante el profesor de sus sueños. ¿Qué quiere hacer? La chica no tiene idea de lo que le aguarda, ni se lo pregunta: contesta siempre lo mismo. La escena se repite sin pausa en la espumosa espiral de un velo de novia.

Tarde o temprano voy a embalar ese cuadro.

Aquí estamos. Esto es fundamental, muy fácil de entender. Los bomberos trabajan a diario. Todo sale todo lo bien que se puede.



Julia Coria

Nació en 1976 y se crió en Adrogué. Es socióloga y trabajó de investigar y escribir sobre distintos temas pero en especial sobre enseñanza escolar del pasado reciente, hasta que en 2016 se retiró de todo. Ya de vuelta al ruedo, solo escribe. Es autora de la novela Permiso para quererte (Sudamericana, 2003), de varios cuentos

publicados en antologías como "Una Terraza Propia" (Norma, 2006), "Uno a uno" (Sudamericana, 2008) y "Letras y música" (Clásica y Moderna, 2012), entre muchas otras.

unajuliacoria